LA OTRA CARA DEL OPUS DEI

Autora: María Angustias Moreno



ÍNDICE:

1. SE HACE CAMINO...

Dice el poeta que "se hace camino al andar". Una frase que me ha venido a recordar algo que es para los del Opus Dei su propio "credo"; ellos lo cifran en hacer exactamente lo que el Padre les ha determinado, lo cual proclaman, codificado, en su Camino.

Se hace camino al andar, sí. Se hace con las obras de cada día. Lo hacen ellos, lo hago yo, lo hacemos todos.

Sigue siendo un anexo (segunda parte) de esta historia de una Obra que tan tergiversada quedaría si sólo se contara como ellos (sus propios forofos) pretenden.

No me propongo ninguna cruzada ni para hundir, ni para salvar a la Obra. Dice Bernanos que escribir es gritar lo que uno lleva dentro. Y eso sí: éste es mi grito. Un "grito" tenue, pequeño (como la capacidad de mi corto alcance) con el que sólo pretendo, sigo pretendiendo, aportar la parte con que esta Obra, que no duda en apellidarse de Dios, se ha dignado "complicarme".

Podríamos seguir diciendo que no hay caminos ni senderos; no los hay en la mar. En este mar revuelto de nuestros días: entre el oleaje y la fuerza de la tempestad con que los servidores de la Obra se defienden y arremeten contra toda barca que no "ampare" a la suya.

Es difícil, en la abundancia reivindicativa de nuestra época, plantear temas como éste sin que, para muchos, esa misma abundancia diluya su objetividad.

Pero muy a pesar de ello hay que reaccionar. Y hacerlo de una manera proporcional a los propios hechos.

Ante situaciones complejas y difíciles, el conformismo materialista lleva a muchos a pensar que "total ¿para qué?" "Allá ellos." Amén de los que se rasgan las vestiduras haciendo del escándalo una postura defensiva, que sustituya todo tipo de diálogo comprometido o razonador. Yo sigo pensando con el poeta que "se hace camino al andar".

Un camino que para los del Opus se ha quedado esculpido (como les decía su fundador) en la doctrina (herencia para ellos) tan específica y propia (personal) de monseñor Escrivá. Un "camino" que ellos (sus hijos) siguen marcando a golpe de sus pisadas, de su hechos...

Camino sin embargo en el que cada uno hemos de aceptar el reto que la propia historia nos tiende. El reto de una aportación consecuente con esos hechos en que la vida nos implica.

No hacen falta ni resentimientos, ni despechos, ni afanes vengativos. Basta con sentirse persona; un elemento más de todos los que componen la historia; uno más de los que la historia necesita para poder clarificarse y ser más real y completa. Es absurdo pensar en revanchismo contra la Obra por parte de alguien que si de algo se alegra extraordinariamente es de estar fuera de ella. A muchas, que se han salido después de bastantes años, les he oído decir que de lo único que se arrepienten es de no haberlo hecho antes. La carta citada de A.P.T. es un

testimonio de ello.

Escribo por un deber moral. Por la única y sencilla razón de que creo en la aportación que la vida necesita de cada uno, para que esa vida pueda ser cada día más humana, más amable, más justa, más noble, más leal. Muy a pesar de que sean los del Opus, que se precian de ser los mejores moralistas, los más empeñados en no entenderlo.

Hay quien dice que "total, qué importancia puede tener hoy las anomalías de esta institución, cuando todas las instituciones tienen tantas. A qué defender semejantes cuestiones si de hecho el problema es tan general que difícilmente llevará a nada".

A mí me lleva precisamente a cumplir con ese compromiso moral e histórico a que he venido aludiendo. Me lleva a ser consecuente con la convicción de que si queremos que las cosas funcionen mejor, cada uno tenemos que aportar, en el manejo de las que directamente nos afecten, nuestro más decidido empeño.

Cuento con que todas las instituciones, por el hecho de que están compuestas por hombres, tienen defectos. Sé que existe la debilidad humana y no me asusta. Los defectos de los demás no son, ni mucho menos, mi tema. Sé también que tendremos que contar con ellos toda la vida (con los propios y con los ajenos). Que nada tiene que ver, ni en nada justifica, la confusión o el engaño como sistema.

No se trata de pretender que nadie sea perfecto (otra cosa es intentar serlo). Lo que sí hay que pedir y reclamar es que a las cosas se las llame por su nombre. Se puede fallar y caer en la vida en toda clase de bajezas y aun en ellas las personas serán dignas de comprensión; lo que no se puede es implicar a Dios en la "legalidad" o "legitimación" de esas miserias, para de ellas sacar un triunfo interesado.

Por eso me importa. Por eso creo que sí tiene objeto el que yo escriba. Que escribamos y aportemos cada uno aquello que realmente puede contribuir a una mayor objetividad en el concepto de valores de las cosas que nos rodean.

Hay que ser transigentes con las personas, pero no con el error.

Nuestra cultura, nuestra sociedad no son la sociedad ni la cultura de la Edad Media, por ejemplo. En aquella época había convencionalismos que hoy no sirven. Convencionalismos o errores que surgían de la misma mentalidad de la época, imponiendo sus propios condicionamientos.

La época que nos ha tocado vivir tiene sus inconvenientes, así como sus ventajas; no le faltan tampoco condicionamientos; pero es evidente su imperativa necesidad de clarificación.

Nuestro mundo, enormemente complicado y confuso, necesita conceptos básicos y profundos, pero amplios y comunes.

Nuestra sociedad, dentro de esas exigencias, necesita informaciones exactas que le ayuden a su descomplicación.

Respecto a la postura del Opus en esta sociedad nuestra, entiendo que se aferren con fidelidad y entusiasmo a unas ideas, las suyas. Lo que no me es tan fácil entender es que lleguen a estar tan convencidos de cosas tan anacrónicas e incoherentes como resultan estarlo.

Comprendo que luchen por sus convicciones, aun con todo lo discutibles que puedan ser; como luchan muchos otros por los más diversos ideales; pero no entiendo, y creo que a muchos puede desconcertarlos enormemente, cómo pueden concebir esa lucha en sentido cristiano (sentido de amor y de unidad), arrollando y maltratando, injuriando a los que simplemente difieren de su "incuestionable" verdad.

Como decía Beaumarchais, "sin la libertad de la crítica, el elogio no es válido".

Con respecto al Opus pasa, indudablemente, como pasa con todo en la vida. El que quiere lo toma y el que no, lo deja. Y me sigue pareciendo muy razonable. Pero continúo sin entender, y creo que todos necesitamos que se tome conciencia de ellos, por qué (cuando dejar el Opus es consecuencia de evidentes incoherencias, y éstas se reivindican) adoptan ellos posturas como la que en mi caso han adoptado. ¿Por qué?

Debo contarlo. Creo que precisamente por eso debo contarlo. No estamos en épocas en las que hacer dejación de derechos que son deberes sea constructivo. Y necesitamos construir. Seguir construyendo una historia (una sociedad y un cristianismo) sincera y coherente. No podemos pensar que esconder la cabeza debajo del ala sea humano ni cristiano. La sociedad que va a heredar nuestra civilización merece que se la demos lo más elaborada posible. Como católicos, nuestro testimonio es aún más comprometido, y no creo que debamos quedamos en eufemismos simplistas. La Iglesia del silencio suele ser la Iglesia sometida a opresión; en una sociedad libre no debe ser el caso. La humildad, por otra parte, base y realidad de una identificación con Cristo, no es sino la verdad.

Una verdad que a nadie que se precie de defenderla, de vivirla, tiene por qué irritarle o sorprenderle ni siquiera que ésta sea controvertida, porque su fuerza se basa precisamente en su propia consistencia.

Quizá el mayor problema del Opus esté ahí. ¿Por qué atacan para defenderse?, ¿por qué les resulta tan insultante toda voz que se alce en interrogantes frente a actuaciones de las que ellos comenten, simplemente pidiendo explicación, coherencia?

Hay cosas que son comprensibles en un sentido laicista de la vida, que no lo son en el sentido católico y espiritual que la Obra pretende arrogarse. De ahí que, la prudencia, el respeto, la delicadeza en el juicio, y en su caso el silencio, deban ser extremados cuando se trata de temas personales (en su más estricta individualidad) o cuando se refiere a algo sobre lo que no tenemos suficientes elementos de juicio. Obviamente no es el caso. Se trata de una tergiversación de valores a nivel institucionalizado (colectivo); y puesto que los hechos que cuento son corroborados por el personal testimonio de quien se ha visto afectado por ellos, y no precisamente por interés personal, ninguna de las dos premisas anteriores se dan en este caso.

Un ex numerario me escribía (desde un país de América) encantado de vivir su sacerdocio en un mundo como el real de fuera (fuera de la Obra); y me comentaba que pretender arreglar las cosas desde dentro es desangrarse, pretenderlo desde fuera (después de corroborar mi libro) es inútil. Él, entre otras cosas, no contaba su experiencia (y me decía que impresionantemente igual a la mía, aunque con toda la variedad de sus numerosas vivencias, lógicamente más que las mías), porque quería vivir tranquilo.

Quizá leyendo lo que voy a exponer en estos capítulos se comprenda el porqué de esta postura: la fuerza defensiva con que atacan es muy seria; es todo un atentado contra la tranquilidad

personal de cualquiera.

Publicando los acontecimientos que sobre mí están recayendo sé que no hago más que aumentar esa furia.

Además de que lo que he de publicar es precisamente la propia basura que ellos han arrojado contra mí, con todo lo que de negativo para mí lleva esto consigo.

Lo hago porque, por encima de mi propio prestigio personal, entiendo que debe estar la realidad de esa Obra con que nos enfrentamos, con la que se comparten a veces (aunque sólo sea teóricamente) ideales muy serios y trascendentes, sobre los que habrá que ir delimitando cuáles pueden ser y cuáles no auténticamente nobles y serios.

Lo hago porque, después de mi publicación anterior, completar una experiencia y una opinión -la mía- es la única manera de que mi propia versión no quede a medias, que sería tanto como deformada o equívoca.

Voy a hacerlo muy a pesar del handicap que para mí supone el no ser lo bastante agresiva para los avanzados, ni lo bastante sumisa para los conservadores. Contando con los que pretenderán proyectar, confundir, la propia acritud del tema con una pretendida amargura en mí, que no distinga, o no quiera distinguir, entre lo que es el continente y el contenido. Que harán, que van a seguir haciendo (es el evidente camino ya emprendido) del desmerecimiento de mi persona, baluarte en defensa del prestigio de su Obra.

Por mucho menos creí un deber de lealtad a la verdad misma denunciar el tema, que por colectivo e institucionalizado exigía una llamada de atención, una toma de conciencia, lo suficientemente pública, como para poder (granito a granito de cada uno) constituirse en solicitud de coherencia. Coherencia que ellos deberían aceptar a cara descubierta, y sin temores de que "se cuente o se diga", si de una Obra de Dios, como ellos la denominan, se trata.

Ahora que mi primer libro me ha hecho posible conocer y conectar con elementos de juicio mucho más amplios, ahora.., la Obra ha pasado a ser para mí algo muy distinto, es totalmente otra cosa, nada de lo que yo creía, de lo que yo entendí cuando la concebí como un ideal de vida. Porque ¿no era así y luego ha ido cambiando? No lo sé. Hay quien dice que, efectivamente, ha habido una evolución de más coherente a menos y cada vez menos. Hay quien opina que esa evolución no ha sido el desarrollo de su propio planteamiento.

La única evidencia real es que siempre se presentó y se presenta equívoca.

Y ahí sí, es donde creo que vale la pena, que es un deber, poner todos los medios para defender posibles ingenuidades de otros, o lo que es más exacto: para que nadie se engañe (penosa y devastadora confusión), por lo mucho que incide en lo psíquico, en la moral y hasta en la fe de los que, acosados por ella, no acaban de situarla.

Ahora ya no puedo creer en la Obra, en esa Obra que aparenta ser de Dios y en la que creía antes. La evidencia me lo impone. Y esa evidencia es la única que pretendo aportar, seguir aportando, al libre razonamiento y utilización del que quiera, del que le sirva; del que realmente desee estar informado de las cosas, sin miedo a los más profundos recovecos de una verdad que si lo es, en ninguno de ellos tendrá problemas.

Ojalá yo hubiera contado con ello. Alguna vez he dicho que no me arrepentía de haber sido de

la Obra, ni de haber dejado de serlo. De alguna manera, por las razones que di en mi otro libro, lo mantengo, creo que todo en la vida deja aportaciones, experiencias aprovechables, válidas. Lo que quizá deba añadir para dar mayor exactitud a mi postura, a esta actitud mía, es que si hubiese sabido de qué se trataba, si hubiese conocido de la Obra lo que conozco ahora, no hubiera pertenecido a ella nunca, porque nunca me habría sentido atraída por semejante asociación.

Como tampoco me siento obsesionada por el tema. Yo diría que al revés: porque aporto a los demás con toda libertad mi experiencia, porque con una, creo que total, extroversión, hago de esa experiencia mía ocasión de servicio a la verdad (no a mi verdad, sino a la verdad de unos hechos comprobables), estoy más liberada que muchos. Porque lo he hecho tema hacia afuera, ha dejado totalmente de afectarme. Ni me ata, ni repercute en mí, ni incide en mi vida diaria más allá del lógico dolor que produce el hecho de que en nombre de Dios se comentan semejantes atropellos y del compromiso que eso conlleva.

La Obra, esa Obra que tan "magnífica y espléndidamente" define y cuenta su fundación, inmersa en inspiraciones celestes recibidas por su fundador, que van encuadrando en días precisos y muy significativos los comienzos de sus distintas facetas (2 de octubre, 14 de febrero), siempre adornados de acontecimientos extraordinarios, emotivos y subyugantes, ha nacido sin embargo de una manera mucho más prosaica y ordinaria, a lo que (según cuentan los propios que participaron de aquellos comienzos) se iban añadiendo entusiasmos y fantasías, más o menos comprensibles, pero no siempre aceptables.

La Obra nace en el preciso momento (en la época), de unos desarrollados ardores bélicos, que cara al nacimiento de un nacional catolicismo, impulsa a la juventud a apretar filas frente a "líderes" con capacidad de organizarles y ofrecerles metas idealistas. El Padre Escrivá, indudablemente, supo vivir el momento. Y surge la Obra, por ello, inmersa en esa amalgama de política y religión, de religión y política. ¿A qué negarlo? Son hechos históricos que no tendrían por qué concebírselos desmerecedores de nada ni de nadie. Son hechos y situaciones con sus más y sus menos, con sus aciertos y sus errores, con sus ventajas y sus inconvenientes. Pero no se trata de renegar, sino de superar, de evolucionar, de corregir y mejorar lo mejorable.

La Obra pudo haberlo hecho. Sin embargo algo fallaba en su organización, algo falló al menos, ya que en vez de segur por el camino de adecuar su celo a una clarificación de conceptos y actitudes atentos a las verdaderas necesidades de los católicos, de los hombres de la calle, en su debatirse a tono con las exigencias de su fe en cada avance de la propia historia, prefirió preocuparse del enaltecimiento de un prestigio individualizado, radicando toda la atención de los suyos en el mito doctrinario del Padre, que los abocó y les aboca al imponderable de encallar el barco precisamente en este mito.

A pocos años de su nacimiento, la Obra, una asociación que al parecer deseaba ser progresista y avanzada, pionera en secularidad, deja olvidados conceptos como el de salir al encuentro de las preocupaciones reales de los hombres de cada época, para ocuparse, no ya de servir las necesidades de santidad de los demás, sino de dominar la situación: política, económica, de poder... so pretexto de santidad. A pocos años de nacer la Obra, Escrivá era el primero que tenía ya ideas muy claras de las metas que conseguir y de las "líneas maestras" que en este sentido se proponía trazar. Quizá la seguridad en sí mismo, junto con el ardor propio de la juventud en la época de aquellos comienzos, fueron el secreto de su "éxito". Pero así como no supo, o no quiso, aceptar la lógica evolución y superación de conceptos a que antes aludía, sí evitó que "fuese otra" la imagen de la Obra, que nada de eso pudiera quedar al descubierto; concibiendo en ello (en presentar a la Obra como espiritualista por excelencia) la razón de su

éxito.

A los peces se los caza por la cabeza, solía decir. Se los domina y se los controla mucho mejor "sometiendo" esa cabeza, teniéndola absorta y llena, inundada, de malabarismos espiritualistas; mucho mejor que afrontando cada realidad a cara descubierta. Para mí ése es el mayor fraude del Opus Dei; ése su gran "pecado": el camuflaje a que someten a los que a él se acercan o se han acercado. Aprovechándose además de épocas y de circunstancias sociales en las que la capacidad de análisis se encuentra más condicionada.

Por ejemplo, ahora su más importante meta es Latinoamérica. Como anécdota curiosa me contaban hace poco que durante la primavera pasada (1978), en los controles de autopistas de Caracas (Venezuela), se daban junto con el ticket, estampitas de Escrivá.

De Venezuela precisamente me llegaba la siguiente carta.

Querida amiga: Te sorprenderá si te llega a tus manos esta carta y te preguntarás el porqué. O mejor dicho, creo que ya nada te parecerá extraño. Te felicito, por "El Opus Dei. Anexo a una historia". Aquí en Venezuela hay una canción que dice que "mejor es perder el habla que temer a hablar". A medida que leía tu libro (tu verdad y la de muchos) pensé que estabas sola. ¿Lo estás? ¡No! por Dios. Yo y muchas personas como yo estamos contigo. Para los que no es una vergüenza amar, para los que queremos una amistad, una comunicación con todos los seres humanos (y todos por igual).

Soy ex supernumeraria, pertenecí a la Obra durante cinco años; ocho me pasé frecuentándola y... qué vacío, qué hastío, qué soledad... Tengo tres niñas y un marido maravilloso, pero todo era confusión hasta que decidí dejar la Obra. Ahora soy libre, sin "santas coacciones", soy yo misma, y por ello no he dejado de amar a Dios.
Soy pintora y escribo algo. Defiendo a la clase proletaria y hago lo que creo mejor para los demás y para mí. No me rijo ya por un "patrón de vida", de la vida del Opus.
María, no estás sola. Y si algún día vienes a Venezuela, te recibiré en mi casa y hablaremos mucho. Ya que el amor y la amistad para mí no es algo "diabólico" sino divino.
En mis oraciones de ocho años pedía al Señor: haz que la Obra sea la ayuda que los hombres están anhelando, ¡tu verdad, Dios mío!,pero ¡qué lejos está de parecerse!
No podía soportar ver a las empleadas los días de fiesta vestidas de negro, cofia y delantal blanco, sirviendo y atendiendo a las señoritas. Cuánta desigualdad, cuánto clasismo. Y eso que "todos éramos iguales".
Bueno, y tanto... Pero esperaré confiada tu respuesta. Espero si es que milagrosamente te llega esta carta (a través de la editorial) que podamos comunicamos de verdad, no como en las "charlas fraternas"...
(B. M. Venezuela.)

Hay personas que llegan a la Obra con toda su buena voluntad, con ganas sinceras y nobles de ejercitarse en el amor de Dios: pero resulta que en la Obra a Dios hay que encontrarle, encajarle y reducirle a lo que es, quiere y propone el Padre (monseñor Escrivá), con lo cual al fallar, al desmoronarse el mito de éste, y después de unos pocos años sin más "posibilidades" de llegar a Dios que ésa, uno se queda lógicamente sin Dios, sin fe, sin capacidad...

Gracias a todo esto. Gracias a la eficacia de las presiones. Gracias en algunos casos también

a la desidia, a la cobardía, a la pereza o a lo que quiera. Gracias incluso a estados o posiciones sociales alcanzados por algunos, precisamente como consecuencia y gracias a su pertenencia a la Obra... la gente habla poco, prefiere no hablar; los que podían hacerlo, no quieren problemas.

Y no los quieren, entre otras razones, porque el deterioro, el cansancio, el desequilibrio incluso psíquico, ya se encargaron y se encargan dentro (no sé si queriendo o sin querer) de que sea tal que "a pocos les queden ganas de hablar".

Dicen que ahora, por imperativo de los tiempos, de los cambios políticos (?), etc., las presiones son menos. Sin embargo siguen existiendo y existen presiones muy fuertes, espléndidamente llevadas a cabo por los "fieles" hijos del Padre.

La carta que viene a continuación me llegaba cuando ya todo el proceso siguiente estaba casi concluido, pero pienso que bien puede servir para abrir el acontecer de cosas que los socios o directores de la Obra llevaron a cabo para "salvar" su prestigio...

Querida María-Angustias:
Acabo de recibir un recorte de un periódico de Madrid relativo a ti y a tu libro de hechos, que considero serios. No sé de qué periódico se trata. Sólo sé que la noticia se publicó el día 22 de octubre de 1977. Te envío la fotocopia para que tú puedas localizarlo fácilmente.

Esta carta, que hace meses pensaba haberte escrito sobre tu libro "El Opus Dei. Anexo a una historia" en un tono muy diverso y a altura más bien personal (como la de aquilatar más algunos datos por ejemplo, para tus próximas ediciones), puede transformarse en carta pública, ya que como tal te permito que hagas con ella lo que quieras: que la guardes o que la envíes a la prensa; que se la entregues a tus abogados o que se la copies a los amigos. En fin, lo que quieras. Que te sientas libre par hacer de ella el uso que consideres más oportuno, ya que lo que te digo en ella no lo podría decir de manera diferente frente a Dios.

En diciembre de 1976 leí cuidadosamente tu libro. Lo "trabajé", diría, puesto que lo he leído muchas más veces. En él relatas cosas que conozco y reconozco por haber sido yo misma también asociada Numeraria del Opus Dei; en mi caso de 1948 a 1966, fecha en que tuve "el honor" de ser expulsada. Pero eso es otra historia diferente. El caso es que el plazo de once años me ha dado perspectiva lógica y objetividad concurriendo además el hecho real de haber doblado los cincuenta años, lo que me permite contemplar la vida en sus dos vertientes desde un ángulo equidistante, diría. Te cuento esto porque viene hilado hacia tu libro y aun hecho muy concreto que me sucedió a mí en agosto de 1977, en Madrid. Como sabes, cuando se deja el Opus Dei, o te echan del Opus Dei, quedas convertida automáticamente en a nonperson, que dirían aquí.

Pues bien, este verano fui de vacaciones a España. Y tuve que ir a Salamanca un día. Me enteré de que allí estaba actualmente una persona del Opus Dei, Numeraria -Ana María Gibert- con la que conviví en Venezuela -en Caracas- en la misma casa del Opus Dei, por espacio de casi diez años. La llamé por teléfono desde Madrid y quedamos en que si por fin yo iba a Salamanca nos veríamos. Como sabes, Ana-María con toda su brillante carrera de Filosofía y Letras y su inteligencia nada corriente ha quedado relegada a "hacer labor con señoras" ahora en Salamanca. Y eso lo sé no porque me lo dijera ella sino porque se sabe por fuera.

A punto de salir de Madrid hacia Salamanca, recibí una llamada telefónica de Ana-María diciéndome que no nos podíamos ver porque aquella misma tarde ella salía para Valladolid... Naturalmente yo no me tragué el cuento y lo dejé, aunque lo sentí.

Pero como Salamanca es precisamente pequeña, me encontré a Ana-María por la calle. Con una simple pregunta mía socarrona de con que en Valladolid, ¿eh? pasamos a hablar de muchas cosas de todo tipo: de política, de la ciudad, de diferentes libros y entre ellos de uno muy concreto, "Le Pape a disparu", que ha sido traducido al español por las ediciones "Sígueme" en Salamanca. De repente y sin malicia de ningún tipo le pregunté:

- Y qué piensas del libro de María-Angustias Moreno sobre "la Obra". ¿Lo has leído?
Su respuesta de rechazo con el gesto y con la palabra fue:
- ¿Yo ese libro? ¡No, por Dios!
- ¡No, por Dios! ¿Por qué? le pregunté. Y le añadí: Lo deberías leer, Ana. El libro, le seguí diciendo, aunque no tiene mi estilo literario favorito y resulta algo monótono a veces, es auténtico y no dice ninguna mentira. Es más: esta chica (por ti) no dice ni la mitad de las cosas de "la Obra", entre otras porque su horizonte ha sido solamente España. Y eso le hace quedarse corta. Lo deberías leer, Ana, porque una persona como tú no puede esconder la cabeza debajo del ala.

Ella, silenciosa y delicadamente, soslayó la conversación con una frase más o menos de "déjalo estar". No recuerdo exactamente.

Pasamos a otro tema y fue el de preguntarle por una numeraria venezolana que ahora está en España: Elsa Anselmi. Era la Procuradora de la Sección Femenina del Opus Dei en Venezuela cuando yo era Directora de la Sección Femenina del Opus Dei, en Venezuela también, durante los años de 1956 a 1965. Le pregunté si sabía dónde estaba Elsa y me contestó que estaba en Valencia y que no sabía su teléfono. No insistí. Repito que me dio pena comprobar, una vez más, que seguramente tendría que reportar esa conversación, como es costumbre, a su directora o a quien fuera superior suyo dentro del Opus Dei. Y porque tanto a Ana-María como a Elsa las quiero mucho y de verdad.

No habían pasado ni cuatro días de este hecho, yo estaba ya en Madrid y en vísperas de mi viaje a Santa Bárbara, cuando recibo la siguiente llamada de teléfono que trato de relatarte a continuación con la mayor exactitud posible:
-¿María del Carmen Tapia?
-Sí, ¿quién es?
-Soy don Tomás Gutiérrez, un sacerdote del Opus Dei.
-Quisiera tener una conversación contigo.
-Pues muy bien, cuando quiera -fue mi inmediata respuesta-. ¿Le viene bien dentro de una hora? (Serían las seis de la tarde y en aquel momento tenía una visita en mi casa.)
-No, no me viene bien.
-¿Quiere venir ahora?
-No, ahora tampoco puedo.
-Pues entonces, el único tiempo que tengo disponible -dije- sería mañana a las nueve, ya que estoy en vísperas de viaje.
-¡Ah, pues muy bien! Mañana a las nueve voy a tu casa.

Colgué y pensé: Pero ¿dónde viene a verme? Si no me ha pedido mi dirección ni me ha dicho dónde puedo avisarle en caso de cualquier imprevisto que haga imposible la visita.
Pensé en la entrevista del día siguiente y desde luego llamé a un sacerdote amigo mío,

Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca: don Luis Maldonado.
Le conté que me habían pedido una entrevista por primera vez en once años y le pedí que si quería hacer el favor de acompañarme. Vino a mi casa unos minutos antes de las nueve y me dijo:

-Oye ¿pero por qué hablas en plural? ¿Por qué dices que "vienen" cuando el sacerdote que te llamó no te anunció su visita con otra persona?

Ante su inocencia me sonreí y le dije: "Mira, en el Opus Dei, cuando tiene que hacer una visita especial, los sacerdotes van como la Guardia Civil: de uniforme y por parejas." (Quiero establecer aquí una clara diferencia: al expresarme así no quiero ni es mi intención decir nada peyorativo hacia la Guardia Civil: ellos cumplen sumisión y van en misión. En el Opus Dei, en cambio, presumen de su libertad personal y de criterio sólo reglamentado por la Iglesia de Roma. O por las leyes de cada país.)

A las nueve menos dos minutos llegaron dos sacerdotes (con la sotana, por supuesto): uno de ellos, don Tomás Gutiérrez, quien dijo (a lo largo de la conversación) que él estaba en la Sección Femenina del Opus Dei desde hacía catorce años. El otro sacerdote era un jovencito de unos veintitantos años, rubito y bajito. Dijeron el nombre, pero no lo recuerdo, aunque a él como persona lo reconocería de inmediato. Los recibí en el salón que para las visitas existe en el edificio donde yo vivo.

-¿Cómo estás? -me dijo Tomás Gutiérrez.
-Bien ¿y tú? -le contesté. (Naturalmente les di el tú al dármelo ellos a mí primero.)
-Yo vengo a expresarte un ruego -me dijo Tomás Gutiérrez (el otro sacerdote fue testigo absolutamente mudo, como lo fue Luis Maldonado durante toda la conversación).
-¿Y ello es?
-Que no llames ni veas ni vuelvas a hablar con Ana-María Gibert.
-¿Que le pasa? ¿Está enferma mental?
-¡No, qué va a estar!
- ¿Es usted su tutor?
-No, yo no soy su tutor.
-Pues entonces no lo entiendo, no entiendo esa libertad. Pero está bien, siga adelante.

Él siguió:

-Ana estuvo hablando conmigo ayer. Vino de Salamanca para hablar conmigo y me dijo que la habías llamado sin identificarte y que por eso ella habló contigo.

Yo me volví a sonreír y le dije: "No fue exactamente así." (La realidad fue que ella contestó al teléfono cuando yo llamé y no hubo necesidad de identificaciones porque nos reconocimos por la voz.) Pero comprendí que ése no era el nervio de la conversación, no insistí.

-Sí, Ana me dijo también que tú la habías llamado para hablarle de ese libro.
-¿De qué libro? Porque hablamos de muchos libros.
-Sí, tú ya sabes: del libro de esa chica.
-¿De qué chica, qué libro?
-Sí, de María-Angustias -me dijo casi silbando tu nombre.
-¡Ah! -le dije yo-, de María Angustias Moreno. Sí, es verdad. Le hablé del libro.
-Pero es que -dijo Tomás Gutiérrez- ese libro es un libelo y está lleno de calumnias.

Mi respuesta fue: "Bueno, bueno: el estilo literario que usa María-Angustias no es el mío favorito, pero el libro no dice una sola mentira, ni una sola mentira. Todo lo que dice es verdad y se queda corta." A lo que él respondió:

-Vamos, vamos. El libro es una infamia. Esto, acompañado con gestos en que subrayaba su desprecio y me atrevería a decir "asco" (aunque él no lo dijo, yo lo interpreté así).

También usó Tomás Gutiérrez como argumento una alusión a algo personal mío que no concretó, aunque yo le dije que lo hiciera público, si quería, puesto que Luis Maldonado conocía mi alma perfectamente. Yo le alenté a que concretase los hechos por los cuales yo no debería volver a hablar con Ana-María Gibert ni con Elsa Anselmi, porque incluso, caso de haber existido esos hechos él no estaba en Venezuela durante el tiempo que "esos hechos" (que no sé cuáles son) sucedieron. Y por tanto ¿cómo estaba él enterado de algo que yo no le dije ni él presenció? ¿Y cuáles fueron esos hechos?

La conversación, por si te interesa, quedó concretada en tres puntos:
a) que no volviera a ver ni a llamar a Ana-María Gibert ni a ponerme en contacto con ella;
b) que lo mismo respecto de Elsa Anselmi, quien según él, le había dicho que no quería ....
c) que me quedara claro que tu libro es un libelo lleno de calumnias.

Le dije que me lo pensaría y le sugerí que me diera estos tres puntos por escrito para que los tuviera presente y me dijo que: "¡Ni hablar! Que yo tenía muy buena memoria."

De pie, cuando se iban, el jovencito, dirigiéndose a Luis Maldonado le preguntó: "¿Usted es Luis Maldonado el jesuita?" A lo que él le respondió: "Yo soy Luis Maldonado, sacerdote, pero no soy jesuita."

Esto es todo, María-Angustias, no sé si te interesa saberlo o no, pero al menos no me lo quería dejar en mi tintero.
Espero que algún día nos podamos conocer personalmente.
Hubiera enviado esta carta directamente a algún periódico español, pero me pareció mejor que la leyeses tú primero y que luego actuases en consecuencia.
Un abrazo,
María del Carmen Tapia

Como diría Machado: "Caminantes, no hay caminos, se hace camino al andar." No hay caminos para adoptar una actitud crítica (constructiva) ante el tema del Opus. No hay sino mucha dificultad y muchos riscos; hay acechadores o vigilantes, atentos a problematizar y a deformar, a atacar, a presionar.

No hay caminos, caminantes. Y por eso es difícil. Y por eso muchos prefieren los caminos trillados de siempre: el conformismo, la comodidad, el no complicarse más la vida o el callar.

No hay más camino (respecto a este tema de la Obra) que el muy hecho y trazado por ellos, de su ley y de su verdad: su camino.

Sin embargo, caminantes, se hace camino al andar.

En una ocasión, un miembro también de la Obra acudió a persona competente en la dirección

de ésta, exponiéndole la necesidad de una explicación razonable, para unos hechos que entendía los suficientemente graves hasta para incidir o cuestionar su propia vocación. Le contestaron que semejante postura era diabólica; y que la Obra nada tenía que ver en ello, ya que esos sacerdotes habían actuado así como podía haberlo hecho cualquier otro sacerdote secular. ¡Qué osadía!

Para otra, la contestación al desconcierto que lo ocurrido le había producido, y la necesidad de encontrarle una razón lógica, quedó reducida, en palabras de su directora a: "Mira, yo prefiero no saber nada de nada, ya que en la Obra siempre se nos ha enseñado que tenemos que ser pequeños; así es que no necesito entender, allá los de arriba." Esta directora es mayor, y una buena profesional.

Sí, allá ellos, y así van las cosas.

Es verdad que en todas las instituciones hay desviaciones, hay personalismos, y lógicamente los problemas que de ello se derivan. En el caso que nos ocupa es, yo diría, lo contrario. En la Obra lo peor es la "sin razón" a que te someten so pretexto de "contundente razón".

En la Obra cabe que las personas que tengan que realizar misiones como la de los sacerdotes que estoy comentando, lo pasen mal, muy mal; les cueste noches sin dormir, úlceras de estómago, y hasta desequilibrios insuperables. Cabe que acaben confesando, como alguno de ellos ha hecho, que lo que nunca creyeron era que iban a encontrarse con mujeres de tanta categoría (las visitadas). Cabe todo esto, y eso sí: a título personal. Mientras nadie nunca tendrá nada que hacer que no sea lo "indicado por sus directores".

A título personal lo que no puede concebirse es una actuación de seis señores, de dos en dos, en zonas tan dispares de España, llevando a cabo unas visitas con la misma forma, el mismo contenido, y a personas todas ellas perfectamente agrupables en un mismo concepto de solidaridad con el contenido de mi libro. De todo ello sólo se deduce una perfecta organización montada desde una directriz única y con un solo fin. A los de dentro podrán hacerles comulgar con ruedas de molino, recurriendo a las casualidades o a lo que quieran; quizá la costumbre los haya ofuscado hasta creer que fuera iba a pasar igual. Fuera, gracias a Dios, las cosas vuelven a su cauce, y es muy distinto.

Los que me tratan y me conocen saben muy bien como soy, y no voy a dejar de serlo porque un grupo de personas, más o menos fanáticas, sean capaces de inventar o de propagar lo que se les antoje. El daño que me están haciendo, porque hay muchos que me conocen menos y otros que sólo me conocen por estas informaciones suyas (de los del Opus), es sin embargo enorme. Todo el daño que cabe concebir en la sucia y escabrosa calumnia que están volcando sobre mí, aunque sólo sea por lo que de degenerativa tiene. Es tremendamente incómodo sentirse cubierta de estiércol, ya que para mí todo lo que no esté dentro de un orden divino natural (como lo es la específica determinación de los sexos), por mucho que los tiempos quieran anarquizar toda ética consecuente con ello, me parece, me sigue pareciendo, denigrante y ofensivo. En el caso de que esto se dijera de otra persona yo tendría que contar con sus circunstancias, las cuales indudablemente delimitarían culpabilidades, etc. En mi caso, como algo que me achacan a mí, no puedo menos de sentirme asqueada ante esta basura con que han pretendido ahogarme.

La escabrosidad y lo sorprendente del tema no deja de estar muy dentro de una clase de prevenciones muy propias y muy usadas en la Obra. Yo misma, en mi anterior libro, abordaba el tema y hacía referencia a lo fácilmente que buscan desviar los problemas que no les convie-

nen, en otros personales que nunca existieron. El tema de los peligros sexuales son para el montaje de la Obra una manera de polarizar las preocupaciones de las personas para evitarles o impedir otra clase de problemas (de coherencia, de justicia, de caridad auténtica...), además de una verdadera obsesión de su fundador. Si algo he sido yo, en este aspecto, es demasiado ingenua: comprendía que hubiera ciertas prevenciones por los casos aislados que pudieran darse; lo que nunca pensé, como al parecer era la realidad, es que considerasen que todas éramos igual de degeneradas. Veía y me oponía a que so pretexto de "puritanismos constructivos" se faltase a la más elemental humanidad o se acogotase a las personas con fantásticos prejuicios o escabrosas posibilidades. Sin embargo, si de algo me tacharon estando dentro fue de cerebral y exigente en la entrega.

Puedo asegurar que a mí no sólo no me echó nadie de la Obra, sino que intentaron retenerme por todos los medios. Me ofrecieron vivir en la casa y ciudad que yo quisiera, elegir trabajo. Se desplazaron distintas directoras desde Madrid a Sevilla para hablar conmigo, como medio de convencerme para que no me fuera. A lo que yo les respondí que para "elegir" no había ido a la Obra, que no quena arreglos cómodos, sino soluciones de fondo, y éstas... fueron las que nunca nadie me ofreció. Porque "no se trata de hacen nada coherente con nada, sino de vivir lo que el Padre diga, porque él lo dice y como él lo diga". La razón no cuenta. Y yo, sin embargo, tenía entendido, y sigo entendiéndolo así, que ni para los misterios de fe la razón es un obstáculo.

Sí, ahora como antes han creído posible problematizamos, así, para desviar lo que a ellos les interesa.

En una conversación suscitada por estas acusaciones, me contaban que hace unos años, en una de esas redadas que se hacían a efectos de evitar la peligrosidad social, cogieron aun grupo de homosexuales, incluyendo entre ellos a uno que no lo era, que de vergüenza se murió. ¿Conocerían los del Opus este caso?

Pero "no tenéis vosotros que temer a los que matan el cuerpo y nada pueden hacer con el alma" (es un consejo de Dios). O lo que es igual: no tenéis que acobardaros ni preocuparos porque los demás os hagan quedar mal ante los hombres cuando nada cambia las cosas ante Dios.

La calumnia que han utilizado puede ser para ellos un medio de defensa. Bajo un fin que justifica los medios, muy a pesar del propio principio moral cristiano que mantiene todo lo contrario. Y sus razones, sus razonadas sinrazones, puede que logren seguir "dominando" algunos que otros grupos de gente que prefieren la "seguridad" que da la Obra a cualquier otra postura más comprometida y más personalmente responsable.

Algunos, sin embargo (de los suyos también), aún son capaces de alegar, como me contaba una que así lo había expuesto en su "charla semanal" (conversación establecida con la directora), quizá un poco salida de madre por entender "algo" de libertad de espíritu (lo cual no admite el buen espíritu de la Obra), le decía: "que si esto hacen con esta chica, quién me garantiza a mí que mis propios defectos, los que estoy contando hoy, no serán aireados y sacados a la calle cuando os convenga".

Se llaman a sí mismos (los socios de la Obra) sembradores de paz y de alegría. ¿De qué clase de paz? Porque la suya es una paz y una alegría realmente peculiar. La paz verdadera, la paz que da el cielo, es "para los hombres de buena voluntad", "para los que son objeto del agrado divino", dicen los textos evangélicos; y difícilmente atropellos como los que ellos comenten

pueden estar dentro de conceptos análogos.

2. DESPRESTIGIO COMO ESTILO DE DEFENSA

Los socios del Opus Dei se jactan de su elección divina, en palabras de lo que es el prólogo de su Catecismo (resumen muy peculiar de sus Constituciones), hacen suyas, de cada uno, y aprendidas de memoria, palabras de su Padre en las que les cifra toda su felicidad, en "la alegría de haber sido elegidos por el Padre del cielo, para hacer el Opus Dei en la tierra".

En palabras del evangelio tendríamos que decir, tendríamos que centrar la verdadera felicidad, fidelidad como dicen ellos, en la realidad de una fe, insertada en Cristo, con la cual "viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos".

Obras son amores y no buenas razones. A sus obras voy a referirme: las obras realizadas por unos sacerdotes del Opus Dei, "en cumplimiento (según les han leído en nota de gobierno interna, a sus miembros, haciendo referencia al caso) de su misión sacerdotal".

Unas obras (misión de esos señores), con las que no sólo no quisiera desmerecer del sacerdocio, sino evidenciar lo radicalmente ajenas que le son a éste.

Alusiones proféticas dicen en la Sagrada Escritura: "Escuchad la palabra de Yahvé, hijos de Israel, pues Yahvé tiene una querella con los hijos del país, porque no hay sinceridad, ni piedad, ni conocimiento de Dios entre ellos, sino mentira y perjurio, muerte y robo, adulterio y violencia, asesinato sobre asesinato (...)

Entre tanto nadie protesta, nadie reprende, contra ti, sacerdote, me querello. Tropiezas noche y día. Y contigo tropieza el profeta y haces perecer a tu pueblo." (Oseas, 4.)

Cuando las obras no son consecuentes con la verdad y con la justicia, con la caridad, no pueden ser obra de Dios. No pueden ser obra de ningún miembro del cuerpo místico de Cristo en razón de su sacerdocio común, menos aún en razón de un sacerdocio ministerial.

Un Cristo al antojo de intereses personales, o de prejuicios y deformaciones con miras egoístas, o egolátricas (de culto a cualquier cosa que no sea Dios), es el peor atropello que católicos o sacerdotes, sacerdotes o católicos, podemos ofrecer sobre la verdadera imagen de nuestra fe y de nuestra misión de apóstoles.

¡Qué difícil es creer cuando los "buenos" muestran esas imágenes! ¿Nos damos cuenta de lo difícil que se hace la fe a los que ven en "los buenos" una imagen así? Una imagen que repele, provoca rechazo, desagrada, desconcierta, rompe... y aleja. ¡Qué difíciles...!

Durante veinte siglos, desaprensiones y bajezas en nuestra conducta, en la de los católicos (en la de eclesiásticos igual, a pesar de su compromiso, por decisión vocacional personal, de ir por delante como maestros) han incidido en la Iglesia católica como el látigo en el mártir. La Iglesia tiene, y siempre las ha tenido, sus peores dificultades en las infidelidades de los suyos. Dificultades que a la vez no dejan de ser el gran desafío: la prueba mayor de su divinidad. ¿Qué sociedad humana es capaz de subsistir a pesar de... siglo tras siglo? ¿Qué sociedad anónima no quiebra a la vuelta de muy pocos años si los suyos no son competentes? La

Iglesia subsiste a pesar de nuestras miserias.

Muy a pesar de tantas variadas argumentaciones como se esgrimen ahora para justificar lo injustificable, hay quienes, sin querer dejar de llamarse católicos, dicen que creen en Dios pero no en la Iglesia; contradicción tan tremenda como la de estar concibiendo que se puede creer en Dios sin hacerlo en su Palabra hecha carne: Cristo o cabeza precisamente de esa Iglesia en la que dicen no creer. Hoy por hoy se dice de todo. Éste es el problema.

El problema que bajo jactancias opuestas, pero de la misma inconsecuencia, ha llevado a estos señores a llamar "misión sacerdotal" a una serie de visitas programadas, sin otro motivo que desprestigiar, injuriar y calumniar.

En diciembre del 76 publiqué el libro (primera parte de éste) titulado "El Opus Dei. Anexo a una historia", cuyo contenido han ido comentando las cartas que han salido a colación. En enero del 77 publica la prensa (Diario de Barcelona) una carta en la que veintitantas personas, antes pertenecientes a la Obra, se solidarizan con dicho contenido. Carta que siguió saltando a la opinión pública en distintas revistas nacionales, durante los meses posteriores.

El 27 de abril del mismo año, y en menos de una semana, seis sacerdotes del Opus Dei: dos en Madrid (don Emilio Navarro Rubio y don Juan García Llovet), dos en Barcelona (don Benito Badrinas Amat y don Severino Monzón) y dos en Andalucía (don Ernesto Peñacoba Muñoz-Chapuli y don Antonio del Vals), todo ellos con años, muchos años, de vuelo en la institución, en la cual han desempeñado y desempeñan cargos de responsabilidad, previa cita con carácter urgente y para una visita rápida (así lo fueron advirtiendo a las interesadas), recorrieron las casas de una serie de personas firmantes de la carta antes mencionada.

Se trataba de que yo era persona peligrosa, y se consideraban en el deber de advertirlas contra mí. Durante cuatro años que llevaba fuera de la Obra, nadie había tenido nada que decir. A nadie le había parecido mala. Hasta que salió el libro, y más aún cuando resultó ser merecedor de solidaridad por parte de personas que habían vivido la misma experiencia que yo.

¿Qué los movió a actuar como lo hicieron? No lo sé. Quizá su afán de autodefensa (prestigio del Padre y de la Obra) a ultranza, en el que el fin justifica los medios, unos medios que pueden ser cualesquiera, y que se buscan (en ese caso lo prueba la evidencia de los hechos) entre los más destructivos.

¿Movidos por la necesidad de acallar testimonios (los propios de esas personas visitadas) que se fortalecen, o se hacen más posibles, en la fuerza del grupo?

¿Convencidos de que la escabrosidad del tema nos anonadaría, nos dejaría agobiadas, acobardadas y hundidas, deshechas, y psíquicamente incapaces de volver a levantar la voz?

¿Para desunir lo que ni siquiera estaba unido (la mayoría no me habían visto en su vida ni me conocían), y con ello evitar la fuerza de la unión?

No lo sé. Únicamente sé, y esto sí que creo resulta constatable, que sí existía la clara necesidad de que destruyendo la propia honra y el prestigio de la autora el libro queda desmerecido. Algo así como una especie de terrorismo psicológico.

Durante el transcurso de las visitas alegaban, según los textos que van a quedar expuestos por las propias interesadas, el deseo de "velar por ellas". De velar expresamente por las que se

habían solidarizado con mi libro, no por otras. Mientras durante años, cuatro o cinco por el lado más corto, habían ignorado toda clase de necesidades (espirituales, morales o materiales) en esas mismas personas. Entre ellas las hay con problemas de todas clases. Las hay que han tenido que buscar trabajo viviendo de mala manera por no tener lo suficiente para pagarse una residencia en condiciones, y no les ha importado. Las hay con un hijo enfermo (una operación detrás de otra), un hermano que se queda progresivamente paralítico a los 30 años y con cinco hijos, y nadie se ha dignado ofrecerle el más elemental consuelo. Las hay que durante ese tiempo se les murió su padre, y no fueron a visitarlas. Las hay de todas clases. Y en ninguna de esas necesidades ha creído oportuna la Obra acordarse de ellas.

Otras muchas (de las que han salido de la Obra), se han vito también abocadas a descalabros serios, como consecuencia de la utilización que hacen de la fe y de los más elementales sentimientos, junto con la soledad en que dejan. Y nada de eso ha despertado en ellos, los de la Obra, ninguna actitud de ayuda. Sé de una numeraria, que dejó de serlo ya bastante mayor (hace unos 5 ó 6 años), que se encontró sin familia, sin profesión, y sin tan siquiera fuerzas para luchar en la difícil tarea de conseguir el sustento de cada día (después de haber agotado sus energías al servicio de la Obra), y que le "permitieron" vivir en una casa de vecinos con derecho a cocina, en un barrio extremo de Madrid, porque la Obra no estaba dispuesta a pasarle cantidad para más; muy a pesar de las exquisiteces que se viven dentro. Sin que esto tampoco fuese para ellos ninguna exigencia o deber de caridad. De justicia, diría yo.

Pero ahora sí, ahora "hay que velar" por las que podemos dar un testimonio demasiado claro y constatable.

"Venimos a hablarte de María Angustias Moreno": era el preámbulo con el que iniciaban sus entrevistas. "¿De su libro?", contestaban las interlocutoras, como aceptando la razón más lógica dentro de la inesperada y sorprendente visita. "No -fue la contestación tajante-, de su libro no, de ella." El libro no querían ni mencionarlo; les constaba que lo conocían bien, y sabían igual de bien la incapacidad o imposibilidad de rebatirlo a personas tan experimentadas en la materia. Quizá por eso tampoco se plantearon nunca querellarse con el libro en sí; ello podía provocar "defensas", y no les interesan.

No deja de ser inaudito, desconcertante. ¿A santo de qué?, se preguntaban las visitadas. No voy a ser yo la que lo cuenta, lo van a contar ellas, cada una. Como cada una, luego, localizando mi teléfono (algunas de ellas a través de la Editorial), me fueron llamando para ofrecerme su ayuda. Aproveché para pedirles una redacción de lo ocurrido, lo más extensa posible, legitimada ante notario.

Lógicamente no me es posible asegurar que fueran sólo las que han dado señales de vida las entrevistadas. De hecho me llegaron por diversos conductos argumentos en la misma línea, como la "más natural explicación" por parte de miembros de la Obra, ante la necesidad de cortar cualquier conversación, comentario o pregunta acerca del libro.

A mí también me visitaron, pero antes de verme a mí habían estado ya en casa de una en Sevilla, y de varias en Madrid y en Barcelona.

A los pocos días fue mi madre, con mi hermano, a visitar a los sacerdotes de Andalucía, esperando recibir de ellos alguna explicación. No hubo medio.

Los textos escritos sobre la marcha el día mismo de los sucesos van a ser la más exacta y veraz explicación. Copio sólo unos cuantos, correspondientes a las distintas ciudades en que

se efectuaron las visitas, lo suficientemente significados, a la vez que no demasiado repetidos (son todos los demás similares). Quince son las personas citadas de las que yo he sabido; entre ellas un sacerdote.

Reproduzco primero la visita que me hicieron a mí; luego la de mi madre y hermano, para a continuación hacerlo de otras seis más.

Día 27 de abril, sobre las siete de la tarde.

Dos sacerdotes del Opus Dei: Don Ernesto Peñacoba Muñoz-Chapullo y Don Antonio del Vals, pasaron por casa de mi madre buscándome. Esta, con ellos delante, llamó a mi piso para ver si estaba; me dijo que esos señores querían verme, y yo les dije que les recibía en mi casa. En menos de cinco minutos, encontrándome yo sola en el piso, se produjo la entrevista siguiente:
-Venimos a decirte que estás haciendo cosas muy graves.
-La gravedad -les argumenté- no deja de ser un problema personal, mío, de mi conciencia y según la ley.
-Tu ley -me contestaron ellos.
-No, la ley objetiva de la Iglesia -les respondí.
- No venimos a discutir. Sólo hemos venido a decirte que tenemos cosas muy graves que decir contra ti, con datos y pruebas, y que pensamos usarlas.
-Ustedes sabrán -les contesté-. No tengo nada que temer, acepto lo que quieran inventarse; allá ustedes.
-La Obra no ha dicho nada contra ti y tú lo estás diciendo de la Obra.
-Perdonen -les interrumpí-. Si quieren les cuento el último comentario que personas de la Obra han difundido entre un grupo de señoras de Sevilla. (Ya había empezado la campaña.)
-Eso no es la Obra, eso son las personas -dicen ellos.
-Delimitemos -les interrumpo-. ¿Qué es la Obra y qué son las personas?
-Te hemos dicho que no venimos a discutir. Queremos sólo decirte que vamos a usar contra ti acusaciones muy serias.
-De todas maneras (les insisto), permítanme que les diga que ustedes, los sacerdotes del Opus Dei, con la mano en el corazón, saben mejor que nadie que nada de lo que yo he dicho de la Obra hasta ahora es mentira. Y si no, díganme.
Callan, se levantan y se van diciendo que ya sé a lo que han venido.
Y yo, detrás de ellos, que salían, les dije:
-Lo de siempre. Ustedes lo único que saben es condenar sin dialogar.

A pesar de que la advertencia era de que "iban a decir", nada más salir ellos de casa, me cuentan telefónicamente de cuatro personas que ya habían estado a decirles lo que ellas mismas podrán declarar.
Sevilla, 27 de abril de 1977.- Fdo. MARÍA ANGUSTIAS MORENO CEREIJO.

* * * * * * * * * *

El día 30 de abril de 1977, María Luisa Cereijo, Vda. de Moreno (madre de María Angustias) después de solicitar una visita por teléfono a don Antonio del Vals, ésta le fue concedida, y acudió a ella acompañada de su hijo, Rafael Moreno Cereijo, a Río de la Plata, 7, Sevilla, sobre la una del mediodía. En resumen, la conversación, se desarrolló de la siguiente manera:

María Luisa Cereijo expresó el motivo de su visita solicitando una explicación a la entrevista

mantenida el día 27 anterior entre ellos y María Angustias. Don Antonio del Vals contestó diciendo que había que rezar mucho por María Angustias. Intervino Rafael y le dijo que no habían ido a pedir rezos, sino una explicación.

La explicación no se producía; la actitud de don Antonio del Vals era pasiva, de gesto, anodina; sin negar nada de lo que se le fue diciendo y sin explicar nada tampoco.

María Luisa expuso el desconcierto que le producía que sacerdotes católicos actuaran como ellos lo estaban haciendo. Le dijo que si ellos veían mal el libro que procedieran contra éste; pero que cómo siendo sacerdotes, cuya misión es confesar, convertir y perdonar, se dedicaban a acusar, de forma organizada como lo estaban haciendo y en ciudades distintas. Le comentó el pasaje del Evangelio en el que le llevaron a Jesús a una mujer pecadora. "Jesús -comenta María Luisa- ni aplaudió la actitud de quienes la denunciaban ni se lo agradeció siquiera." María Luisa siguió argumentando que cómo era posible que actuaran así ahora si a ella, Don Antonio (director de la delegación de Sevilla, sacerdote con el que ella se confesaba) cuando María Angustias se salió de la Obra, le dijo que no se preocupara, que si ella quería volver, la recibirían con los brazos abiertos. Don Antonio del Vals no contestó a nada, dijo únicamente que él no tenía nada que decir.

Rafael Moreno intervino diciendo que si él creía que en nombre de Dios, por la salvación o defensa de cualquier tipo de "cosa", se podía utilizar la injuria; a lo que el sacerdote contestó con un encogimiento de hombros: .."depende... " Ante el desconcierto que aquella actitud les producía y la insistencia de María Luisa de que ella no podía pensar que como sacerdotes actuaran así por el perjuicio que a la Iglesia le podían ocasionar, Rafael le contestó que no se preocupara porque la Iglesia había sobrevivido a Papas corrompidos. Siguió Rafael haciendo una breve síntesis de la manera de ser de María Angustias, la cual había escrito el libro escogiendo la postura más incómoda, la de no pensar en ella misma (en su comodidad), por honradez, no por soberbia, por un amor a la Obra mucho más profundo que el que los mismos de dentro estaban demostrando; ella, le dijo, la cree salvable, y se juega su comodidad para que sea posible; y lo cree a pesar de que hace tiempo hay mucha gente que no lo cree.

Nosotros -siguió Rafael- respondemos de que mi hermana, cuando se fue a la Obra, era una persona totalmente normal; si luego lo que ustedes andan diciendo es verdad, lo primero que habrá que hacer es someter a revisión la vida que ustedes les hacen llevar en las casas de la Obra.

Mi hermana es muy pequeña al lado de ustedes; esto ha pasado a ser un problema familiar, y realmente como familia también somos insignificantes al lado del poderío de ustedes, pero si quieren escándalo se va a producir. Ante lo de "poderío" Don Antonio del Vals contestó con fuerza por primera vez en toda la entrevista, diciendo que ellos no eran poderosos. Rafael le dijo que le diese el nombre que quisiera, pero que se trataba de que, a pesar de todo, María Angustias tendría que defenderse, e iba a hacerlo.

Don Antonio del Vals mantuvo su postura pasiva, sin razones, sin opción al diálogo, sin argumentar nada en contra de lo que se le iba diciendo; cerrado en una actitud de incógnita, de intriga, extraña e inconsciente, ante lo cual María Luisa y Rafael dieron por terminada la entrevista. Don Antonio por la escalera se permitió insistir a María Luisa en que "no se preocupara", que rezara. Ella le dijo que sí se preocupaba, y que rezaba, rezaba mucho por la Iglesia, por sus hijos y por el Opus Dei.

Sevilla, 30 de abril de 1977.- Fdo. María Luisa Cereijo Juárez, Rafael Moreno Cereijo.

* * * * * * * * * * *

Día 27 de abril de mil novecientos setenta y siete, a las 6,30 de la tarde.

Vinieron a visitarme dos señores que decían ser sacerdotes del Opus Dei: Don Ernesto Peñacoba Muñoz-Chapuli y Don Antonio del Vals.

A las seis de la tarde me había llamado por teléfono el primero de ellos, para solicitar la entrevista. Le pedí que me explicara el motivo de la visita a lo cual se negó debido a que era por teléfono, pidiéndome que por favor esperase un momento que iban para mi casa.

Sobre las 6,30 llegaron los dos arriba citados. Les advertí que había quedado citada con Teresa Vázquez y que podía ser una situación violenta para ellos. Ella llegó nada más iniciada la conversación. La pasé a la habitación de al lado, y ellos me advirtieron que cerrara la puerta porque podía oír. El piso es un apartamento y se oye todo en todas partes.

La conversación fue la siguiente:
Les pregunté el motivo de la visita.
-Venimos -dijeron- a hablarte de María Angustias Moreno.
-Conozco su libro -les contesté.
-No venimos a hablar del libro, sino de ella. Queremos advertirte de que es lesbiana, es decir que ha tenido trato camal y tenemos pruebas de corrupción dentro de la Obra.

Les pregunté si se daban cuenta de la difamación que eso suponía, de la gravedad de lo que estaban diciendo. Les dije que la conocía y me parecía suficientemente adulta, además de que su labor me parecía positiva incluso respecto a la Obra. Con su libro -insistí- desde luego me identifico.

Me repiten que no quieren hablar del libro, y que no han tomado ninguna medida contra él para que pudiera decir lo que quisiera, pero que se había pasado, por lo que ahora actuaban. Sólo venían a advertirme en contra de ella, de su labor de corrupción dentro y fuera de la Obra.

Vuelvo a exponer mi desconcierto. Les digo que a ellos no los conozco de nada y que María Angustias sí, por lo que les pido que me lo demuestren con pruebas.

Dicen que si eso (tocándose la sotana) no es suficiente motivo de crédito.

Les argumento que conozco a María Angustias a través del libro especialmente, y que la sotana no me es suficiente. Insisto en que me den pruebas para creer lo que me están diciendo.

Contestan que no quieren involucrar a personas, pero que me advierten del daño que María Angustias podía hacerme.

No tenemos más que decir. Se levantan y se van. Sólo desde la puerta pude repetirles que si se daban cuenta de la gravedad de lo que acababan de decir, sin darme además ninguna prueba.
Sevilla, 27 de abril de 1977.- Fdo. L. H.
Cordoba, 28 de abril de 1977

* * * * * * * * * * *

Querida Marian:
Quiero que tengas noticias de una visita sorpresa que he tenido esta mañana y a la que todavía no he sabido reaccionar.
Sobre las doce de la mañana me llamó por teléfono D. Ernesto... diciendo que era sacerdote del Opus Dei, y que quería hablar conmigo unos minutos, llegando a mi casa seguidamente, acompañado de otro sacerdote también de la Obra: D. Antonio del Vals.
En resumen, lo que ellos me han planteado se puede sintetizar así:
1° Me plantearon que habían visto mi firma en varias cartas publicadas en diversas revistas, solidarizándome con el contenido de tu libro "Anexo a una Historia. El Opus Dei", y advirtiéndome que "debía tener cuidado con lo que firmaba".

Al responderles que soy responsable de lo que firmo y que participo plenamente con lo que en el libro se dice, les indiqué que si algo en él había que no fuese cierto, existen unos medios legales para rebatirlo, y que están en su perfecto derecho de llevarlo a cabo.

Me respondieron: "que no venían para hablar del libro", pasando entonces a lo siguiente.
2° Querían hablarme de ti como persona, porque lo consideraban un deber de justicia el preocuparse por la salvación de mi alma, y tal deber les obligaba a decirme que tenías "desvíos sexuales" y, concretamente, que eres homosexual.

Ante mi sorpresa e incredibilidad, no pudieron explicarme desde cuándo tienes tú ese famoso "desvío", y sólo me contestaron que "hasta ahora no habían querido hablar".
3° Como último tema, ellos justificaban que el hecho de tú haber escrito el libro era para encubrir el "defecto" que ahora dicen que tienes.

Como puedes comprobar de nuevo vuelven al primer planteamiento sobre el libro, de tal manera que en el curso de la conversación les dije si es que les daba miedo que los que nos hemos salido de la Obra pudiéramos escribir un nuevo libro. Por supuesto, respondieron que no.

Marian, te puedes imaginar que me encuentro totalmente deprimida, no por ti, sino por ellos, ya que te he tratado lo suficiente como para no creérmelo, y en el último caso de admitirlo, me parece un chantaje demasiado bajo.
Esperando verte muy pronto, recibe un abrazo.
Fdo. E. P. G. Madrid, 29-4 -77

* * * * * * * * * *

Querida María Angustias:

Sólo dos letras; no quiero volver a contarte la repugnante historia que creo ya conoces de los curas que se dedican a ir de casa en casa para decir majaderías.

Soy una más de las firmantes de esa carta que tan nerviosos los ha puesto; como cuando se presentaron en mi casa me dejaron estupefacta con el planteamiento, y no pude ni responder, hoy mismo les he escrito para darles mi contestación al tema y te mando una copia de la carta para que conozcas mi actitud.

Puedes estar segura de que nadie de las que en Madrid ha firmado esa carta va a echarse para atrás y que a ninguna han conseguido impresionar con sus planteamientos; estuvimos reunidas ayer y el tema quedó bastante claro, puedes contar con todas para lo que haga falta.

Hasta cuando quieras, un abrazo muy fuerte.
Fdo. M. V.

La entrevista con M. V., totalmente semejante a las expuestas, abordaba el tema bajo la disculpa de defenderla de su ingenuidad.

Madrid, 29 de abril de 1977
Sr. D. Juan García Llovet
Diego de León, 14.

No estoy muy segura, pero es posible que mi reacción del miércoles, después de su visita, les haya parecido positiva; voy a explicarles la realidad de lo que su repugnante actitud me ha parecido.

El que yo no tuviera nada que decirles en aquel momento se debe, sobre todo, a lo increíble que me pareció lo que estaba viendo y oyendo: dos personas que, hasta ese momento, podían parecerme de cierta categoría, se presentan en mi casa, jugando a sorprender para calumniar a otra tercera. Y mis buenas maneras se deben, simplemente, a que me considero una persona educada y a la presencia de mi madre en casa. Una vez aclarado esto, voy a decirle cuál es mi postura ante este tema, para que todos sepamos a qué atenemos.

Entiendo que si por algo se me puede llamar ingenua no es precisamente por haber firmado la famosa carta, sino por haberles escuchado a ustedes y por haberme dejado sorprender con sus procedimientos, ya conocidos por mí desde hace tiempo. Resulta que me llaman para "un asunto urgente", urgente sobre todo para usted, no para mí, que ya hasta se me había olvidado, y sin ninguna consideración aparece en mi casa acompañado de otro individuo, experto en la materia, pura y sencillamente para calumniar (digo "calumniar" perfectamente consciente de lo que eso significa) a otra persona que yo ni siquiera conocía. Efectivamente soy una ingenua y debía haberme imaginado con su sola llamada cualquier bajeza de este tipo.

Además, tuvieron la deferencia conmigo a modo de lealtad, ¿lealtad con quién?, me pregunto yo. Conmigo no, desde luego; con la Obra, que para ustedes está por encima de todo (y esto no van a negarlo ahora), por encima, por supuesto, de las personas, a las que se puede importunar, maltratar, calumniar y hasta deshacer, si fuere preciso, con tal que su Obra resulte triunfante. Ya se imagina que no tengo nada que agradecerles, el favor no iba para mí. Yo a usted le importo bien poco, y la prueba es que no se interesó por mí directamente ni una sola vez desde que yo me marché de la Obra y el miércoles tampoco ninguno de los comentarios tuvo que ver conmigo.

Usted, D. Juan, acudía a mi buena voluntad porque "conociéndome como me conoce" le había sorprendido mi adhesión al libro de María Angustias. Y yo sigo preguntándome ¿cómo me conoce? Jamás había hablado, hasta el otro día, personalmente conmigo; me imagino que su profundo conocimiento de mi persona se debe, sobre todo, a ese cotilleo continuo que se traen en la Obra y que hace que lleguen siempre, a través de terceros, los rasgos de la personalidad de cada uno hasta los directores, que son capaces con esos datos, obtenidos con intermediarios en el 90% de los casos, de juzgar y disponer de la vida de todas esas personas que "ingenuamente" siguen creyendo que están ahí haciendo de su vida una entrega continua a Dios y a

los demás. Usted, don Juan, no me conoce en absoluto y lo ha demostrado con su ridículo comportamiento, que ha conseguido unos efectos exactamente contrarios de los que pretendía.

La afirmación que me hizo sobre la desviación patológica de María Angustias, es algo que de ninguna manera venía a cuento y que. además, no me interesa en absoluto. En el libro no se vislumbra ningún síntoma de semejante cosa, solamente usted y los que como usted miran todo a través de un filtro enfermizo, son capaces de llegar a semejantes conclusiones, nadie más-y son muchos los que lo han leído, no olvide que el libro está ahora entre los best-sellers-ha llegado a esas conclusiones. Por lo tanto, creo que si del libro se trataba, lo normal hubiera sido que me hubiesen demostrado de alguna manera que, cualquiera de las afirmaciones que en él se hacen no es cierta. Lejos de eso, dejan sin negar, porque no lo pueden negar, claro está, nada de lo que dice el famoso libro y, sin embargo, se dedican a meterse en la vida privada de la persona que lo ha escrito y a calumniarla impunemente. Si tanto les preocupa el comportamiento sexual de la gente. dedíquense a investigar dentro, que tiene material suficiente.

Me parece que, de momento, no tengo más cosas que decirle; quede bien claro que volvería a firmar la carta que tanto les preocupa y que, con su comportamiento, lo único que han conseguido ha sido que, además de poyar el libro y cooperar, a partir de ahora, a su difusión, apoye desde este momento a María Angustias, a quien, en contra de lo que usted afirma, yo ni siquiera conocía y quien, por supuesto no ha intentado en ningún momento ponerse en contacto conmigo ni para que firmara la carta ni para ninguna otra cosa.

Un último detalle: no quiero volver a tener relación ni con usted ni con nadie que se dedique a chismorrear, y mucho menos a calumniar, con lo cual ni intente prepararme otra encerrona como la del otro día, porque mi "ingenuidad" han conseguido curármela; eso es lo único que tengo que agradecerle.
Fdo. M.V.

* * * * * * * * * * *

El día 27 de abril, alrededor de las nueve de la noche, al volver del trabajo, sonó el teléfono y cuando contesté me dijeron: Soy D. Emilio Navarro. No sé si te acordarás de mí, pero nos vimos un día en casa de Pilarín, mi hermana, que estaba enferma; yo estaba allí y tú fuiste a visitarla. Le contesté que sí me acordaba, y entonces él dijo: Tengo que verte urgentemente para hablarte de un tema muy grave; yo al principio dudé, ya que hacía siete años que no sabía nada de ningún sacerdote del Opus Dei, a partir de una salida mía de la obra muy desagradable, en cuyos momentos se portaron muy mal, me calumniaron, se quedaron con mi dinero, que pertenecía a mi patrimonio, y como no hubo forma de dialogar, ellos adoptaron la postura de que había difamado a la Obra -cuando lo único que había hecho es contar la verdad a las personas que me lo preguntaron-, y declararon que no querían saber nada, incluso negándome el saludo, etc.

Pero al insistir y por tratarse del hermano de Pilar Navarro, de la cual soy amiga y también salió de la Obra en unas condiciones similares a la mía, pensé que deseaba hablarme de algún problema familiar, por lo cual repuse que de acuerdo. Don Emilio dijo que tenía que ser al día siguiente; yo le expuse mi horario de trabajo, ante lo cual quedamos en mi casa a las 3.30.

A las 3.20 en punto veníamos Isabel y yo -I. M. de R., trabajamos en la misma Empresa y ella es la encargada general- nos encontramos justo en la puerta del apartamento. A don Emilio Navarro le acompañaba otro sacerdote, que nos presentó en ese momento: Don Juan García Llovet.

Entramos en el apartamento e Isabel se fue a la habitación de al lado dejando la puerta entreabierta. Nos sentamos los tres e inmediatamente dijo don Emilio que venía para hablar conmigo, que era algo muy privado, etc. Yo le dije que de acuerdo y que por eso Isabel se había quedado en la otra habitación descansando.

YO: Ustedes me dirán.
D. EMILIO: Se trata de una cosa delicada, grave. ¿Tú sabes lo que es la difamación?
YO: Sí.
D. EMILIO: Si yo supiera algo de ti -algún lío personal-, y lo dijera, sería difamarte aunque fuera verdad, y eso es lo que ha hecho María Angustias con su libro y tú firmaste la carta aprobando semejante actuación.
YO: Desgraciadamente sé perfectamente lo que es. Firmé la carta porque todo lo que dice es verdad y estoy de acuerdo con ella.
D. EMILIO: Del asunto que vamos a hablarte sólo hemos querido hacerlo con las personas que están implicadas directamene, ya que algo tan grave no nos parece se pueda difundir. Mira, B.: es sobre María Angustias Moreno. Hemos venido a advertirte sobre esta persona. María Angustias es una desviada sexual, una lesbiana.
D. JUAN: Sí, está totalmente corrompida, es espantoso.
YO: ¿Qué pruebas tienen para decir semejante cosa?
D. EMILIO: Muchas, muchísimas.
YO: Sí, claro, de personas de dentro.
D. EMILIO: No, de antes de ser de la Obra, de cuando era de la Obra y de después; nos parece que tú como has firmado una carta que se ha publicado es muy peligroso, además quedas involucrada con la vida espantosa de esta persona, etc.
YO: Primero no me lo creo, pero aunque fuera verdad, la vida privada e íntima de una persona es algo que siempre he respetado y que nunca me he atrevido a juzgar.
D. EMILIO: Sí, pero en este caso es distinto; date cuenta que tú tratas con gente conocida, respetable y sería lamentable que te encontraras mezclada en semejante corrupción.
D. JUAN: Sí, es una cosa increíble, son casos que podríamos contarte que te quedarías asustada...
YO: Miren, a mí todo esto me parece increíble y no admito que sigan ustedes hablando de esto. Yo efectivamente firmé una carta apoyando el libro, el cual me parece totalmente verdad, y desaprobando el boicot que ustedes estaban haciéndole al libro; pero yo en esa carta no he dicho nada sobre la persona de María Angustias y me parece que nadie tiene derecho a decirlo, así es que no me interesa seguir esta conversación, que por cierto me parece muy mal por parte de ustedes.
D. EMILIO: Sí, pero ten en cuenta que nosotros hasta ahora no hemos hecho nada, pero si las cosas siguen así, tendremos que tomar medidas contra María Angustias y las personas que colaboran con ella sabiendo el mal que está haciendo, para que lo piensen en conciencia.

En ese momento yo levanté la voz y llamé a Isabel:

-Isabel, ¿puedes venir un momento?

Los dos sacerdotes se levantaron furiosos y dijeron: Te hemos dicho que esto que hemos venido a decirte es sólo para ti, y luego tú haces el uso que te parezca, y yo les contesté: Por supuesto.

Isabel apareció y los dos la miraron indignados y dijeron: no, nosotros ya nos vamos, y yo repuse: esperen un momento porque yo también tengo cosas que decir. Me dirigí a Isabel y le

dije: Estos dos sacerdotes vienen a decirme que María Angustias Moreno, la autora del libro sobre el Opus Dei que leíste, es lesbiana. Isabel no contestó nada y se les quedó mirando y entonces:
D. EMILIO: Pero ¿tú has sido del Opus Dei?
ISABEL: No, pero he leído el libro y me pareció muy bien, me aclaró muchas cosas que no entendía.
YO: Isabel quería haber firmado la carta que se publicó y que a ustedes tanto les preocupa, pero no lo hizo porque en aquella ocasión la carta sólo estaba firmada por personas que habían pertenecido al Opus Dei.

Los dos seguían de pie y dijeron: Bueno, nosotros nos vamos, porque éste no es el tema.

YO: Sí que es el tema y me gustaría hablar un momento. ¿O es que no puedo?
D. EMILIO: No, porque nosotros hemos venido a algo muy concreto y éste no es tema (repetía una y otra vez).
YO: Sí que es, porque existe un diálogo; por lo tanto tendrán que escuchar (pero ya estaban casi al salir).
D. EMILIO: En otra ocasión.
YO: Me extraña mucho si usted sabe en qué circunstancias salí de la Obra, con un problema económico que no sé si usted conoce.
D. EMILIO: Lo conozco.
YO: Sí, pero por parte de la Obra, o sea, la verdad de ustedes que siempre es la verdadera, sin escuchar la verdad de los demás; como en este momento que quiere marcharse porque lo que diga yo ya no les interesa.
ISABEL: Bueno si ustedes se van porque estoy yo aquí, no se preocupen porque me voy.

Y se marchó a la habitación de al lado.

D. EMILIO: Cuando tú quieras nos llamas; y de noche, de día, cuando quieras, hablamos de todo esto, pero te vuelvo a repetir que hoy no porque no es el tema.
YO: Me parece que cuando se dialoga los temas van todos unidos; porque ¿es normal que ustedes no se preocupen de una persona durante siete años, sin tener ni idea de los problemas gravísimos que pueda tener, sobre todo después de haberla dejado en una situación espantosa, física, moral y económica? Y como yo miles de personas en las mismas circunstancias y sin embargo hoy -a pesar de todo esto- como les interesa, todo lo pasado no cuenta, no importa; lo verdaderamente importante es su "Tema", y vengan como si fuera lo más normal del mundo a decirme una cosa tan increíble de María Angustias porque, según ustedes, es un deber de conciencia. ¿Qué clase de conciencia?
D. EMILIO: No son miles las que tú dices, son muy pocas.
YO: Bastantes.
D. EMILIO: Yo lo sé mucho mejor que tú, y las estadísticas dicen que la mayoría quedan vinculadas a la Obra y las que tú dices son las menos.
YO: Me parece que con que fuera una sola sería suficiente, y habría que preocuparse de ella. Además, el hecho de su visita de hoy lo confirma, ya que han venido para hablar de una persona, no para ayudarla, sino para prevenir contra ella sobre algo que como siempre ustedes afirman -en la posesión de la verdad- que es cierta. Esta vez sí que ha sido suficientemente importante una persona para que dijeran las cosas incalificables que dicen de ella.
D. EMILIO: Pero es para advertirte, para que sepas la verdad, porque además esa persona agrupa, hace todos los esfuerzos posibles para reunir a la gente a su alrededor y eso es lo peligroso. Además en el libro también se da uno cuenta de su obsesión sexual.
YO:Pues en mi caso en absoluto, porque yo me enteré de que una chica que había perteneci-

do al Opus Dei había escrito un libro, inmediatamente fui a buscarlo, lo compré, lo leí y después, como sólo sabía que vivía en Sevilla, me enteré de su dirección a través de la editorial; y en cuanto a la obsesión a que usted se refiere no la he notado en absoluto; pero todo lo que dice es totalmente verdad.
D. JUAN: Fíjate y veras como sí se refleja en el libro.
D. EMILIO: Bueno, B., ya te he dicho que estamos a tu disposición para todo lo que necesites, cuando tú quieras y como quieras.
D. JUAN: Nosotros te arreglamos con toda seguridad tu problema personal, así es que te volvemos a repetir que estamos a tu disposición en cualquier momento para hacerlo. Si no es así, cuelgo esta sotana (y se agarraba la sotana).
YO: Ya he sufrido bastante; no tengo nada que hablar con ustedes. Se habló en su momento, y yo sí que tengo testigos sobre esto, pero como en todas las actuaciones de ustedes no existe el diálogo, y la razón es sólo de la Obra, "caiga quien caiga", y a costa de lo que sea. "El fin justifica para ustedes todos los medios".
D. EMILIO: Te volvemos a repetir que estamos a tu disposición.
YO: Buenas tardes.
ELLOS: Buenas tardes.

El portero de la finca vio entrar a los dos sacerdotes, les preguntó adónde iban y ellos contestaron que a mi casa.
Fdo. B. E. Madrid.

El día 28 de abril, B. vino a verme a mi trabajo muy preocupada y yo, que la conozco, sé que estaba temerosa sobre lo que podía suceder en la entrevista que un sacerdote de la Obra (a la que ella había pertenecido) le había solicitado para ese día.

Me pidió que le acompañara como testigo, ya que conociendo el sistema de estas personas, son capaces de decir las cosas y luego desmentirlas si eso ya no les parece conveniente para ellos.

Dados y comprendidos los temores que ella sentía a la entrevista con ese sacerdote de la Obra, ya que hacía siete años que no tenía ninguna noticia de ellos, me ofrecí voluntariamente a ser testigo de la entrevista, advirtiéndome que nunca ese señor diría realmente el motivo de su visita si estaba yo presente. Por lo tanto le propuse, ya que la cita era en su casa a las 3,30 de la tarde, que un momento antes estuviéramos las dos en su casa y yo me quedara en la habitación de al lado por si mi presencia se necesitaba, dado el tema incógnito que se preveía.

No pudo ser así ya que a las 3,20 de la tarde, cuando llegábamos a la casa de B. nos encontramos, no con un sacerdote como esperábamos, sino con dos, que al ver que mi amiga llegaba acompañada por mí, no pudieron ocultar su mal humor y el fallo de sus planes; para mí, el ver sus rostros me pareció incomprensible.

Creo que actué de la forma más diplomática que en esos momentos pude, y después de las presentaciones -los dos sacerdotes eran D. Emilio Navarro Rubio y D. Juan García Llovet-, dije o lo intenté con la mayor naturalidad, como si fuera algo que hiciera cada día, les pedí me disculparan y me marché a la habitación contigua del salón que ellos ocupaban, alegando tenía que hacer algo en esos momentos, dejando la puerta entreabierta y dispuesta totalmente a la escucha y preparada a intervenir si la situación lo requería.

Quiero intentar reflejaren este escrito las mismas palabras que oí; por lo tanto, pasaré a relatarles lo que oí y juro por Dios, en el que creo firmemente, que lo que diga es la verdad de lo que

se expuso en el salón; yo prestaba oído.

Mi amiga les preguntó el motivo de su visita, ya que le tenía bastante desconcertada, puesto que, como he dicho antes, hacía siete años que no tenía noticia de nadie que estuviera en la Obra.

Le contestaron que, dado que había pertenecido a la Obra, y que por lo tanto le seguían teniendo gran respeto, le venían a advertir que había obrado mal firmando un escrito en el que se difamaba a la Obra. Ella contestó que no había difamación en ese libro, que ella había apoyado, si era a eso a lo que se referían.

Le contestaron "como si fueran gallegos", que si realmente sabía ella lo que era difamación.

Al responderles que sí, ellos le dijeron que estaba totalmente engañada ya que difamación era decir algún hecho aunque fuera totalmente cierto para la gente, para que ésta se enterara y le restara fama, y le expusieron el ejemplo de que si ellos estuvieran enterados de algún "lío" personal de ella y lo contasen, eso, aunque fuera totalmente verdad, sería difamación. Mi amiga les volvió a repetir (creo que varias veces) que la "verdad" nunca era difamación y lo que había apoyado en el texto del libro aludido era verdad, ya que ella lo había vivido en sí misma durante quince años.

Entonces esos sacerdotes asombrosamente (al menos para mí), pasaron a decirle que todo lo que dijera o escribiera María Angustias Moreno no era nunca válido, ya que sabían y tenían pruebas de antes, en y después de su estancia en la Obra de que era una persona totalmente corrompida, ya que se trataba de una mujer con desviaciones sexuales, y lesbiana.

Como vieran que B. no cedía, ya que según su criterio el que una persona fuera como fuera (y siempre alegó que no conocía la vida de María Angustias ni le interesaba), sólo quería defender un escrito que ella había vivido y sufrido dentro de la Obra, estos sacerdotes pasaron a la postura de "aconsejarle" que como eran conscientes de que ella trataba y podía llegar a gente muy importante y relacionada, tuviera mucho, mucho cuidado de lo que estaba apoyando, ya que podía costarle muy caro.

Ni a pesar de esas amenazas (al menos para mí clarísimas), B. cedió en su postura de defensa, sobre todo de la "verdad", y ante su insistencia de juzgar increíble que unos sacerdotes del Opus Dei que nunca en siete años que había dejado de pertenecer a la Obra, se hubieran preocupado de ella o de alguna otra persona como ella, le vinieran a visitar con esas pretensiones; pasaron a la postura, para mí todavía más miserable, de que la comprendían y sabían de su injusticia en la Obra y de su salida sin la devolución (al menos entrega de su patrimonio), y que este problema se lo solucionarían sólo con que ella cambiase de forma de pensar y de apoyar su verdad, y entonces estaban dispuestos a escucharla a cualquier hora del día o de la noche, y uno de los sacerdotes (para mí el más bajo de estatura, D. Juan García Llovet) le dijo que si él no le solucionaba el problema, colgaba el hábito que llevaba puesto.

Creo que debo dejar de decir que más o menos a la mitad de esta entrevista, B., para asegurarse de que yo estaba escuchando, me llamó y cuando aparecí repitió en voz bien alta: "Por favor, I., quiero que sepas que estos sacerdotes sólo han venido a verme para decirme que María Angustias Moreno es una persona corrompida y una lesbiana."

Ellos respondieron: "úsalo como quieras, pero ya te hemos advertido". Me preguntaron a mí si pertenecía, o había pertenecido a la Obra, y al responderles que no, pero que había leído el

libro y que conocía a gente y cosas escritas sobre el Opus Dei, me gritaron y miraron con odio en sus ojos y sus actos (ya que se pusieron de pie y se marcharon, diciéndole a B. que sólo querían y pretendían hablar con ella como elemento que había sido del Opus Dei), que como creo he dicho anteriormente actué de forma diplomática y les pedí disculpas por mi presencia y me volví a mi lugar de escucha, ya que alegué que tenía algo que hacer allí dentro.

Quiero firmar este escrito para donde hubiera lugar en defensa de un hecho y una verdad que oí y presencié, por si lamentablemente esos señores se atrevieran en uso de sus hábitos y en nombre de lo que representan, a negar que fue tal cual los relato.
Fdo. SRA. DE R. Madrid.

Barcelona, 29 de abril de 1977
El pasado 27 de abril, miércoles, sobre las 17,15, el telefonista de mi empresa me llamó para comunicarme que tenía una llamada exterior de don Benito Badrinas Amat, a quien yo conocía como sacerdote del Opus Dei, el cual deseaba hablar conmigo. Dado que mi relación personal con dicho sacerdote había sido -y es- nula, indiqué al telefonista que le interrogara sobre si deseaba tratar algún asunto comercial; contestó que no, que era un asunto personal. Ante esa respuesta, me negué a que el telefonista me pasara la comunicación, indicándole que respondiera a don Benito Badrinas Amat que tengo por norma no atender llamadas personales en mis horas de trabajo.

A las 21 de ese mismo día don Benito Badrinas llamó por teléfono al domicilio de mi madre y preguntó por mí. Mi madre le contestó que yo acababa de salir de su casa y añadió que, si deseaba hablar conmigo, me localizaría mejor en mi despacho. Por cierto, ignoro cómo consiguió don Benito Badrinas mi teléfono profesional y el de mi domicilio familiar, pues yo no se los había dado nunca.

Sobre las 10,30 del 28 de abril, el telefonista de mi empresa me comunicó que tenía nuevamente una llamada de don Benito Badrinas para mí. Ante tanta insistencia, accedí a que me pasara la comunicación. Don Benito Badrinas me pidió si podía recibirlo aquella mañana. Contesté afirmativamente y quedé citada con él para las 11,30.

A esa hora mi secretaria, Elena de Diego Oriol me avisó de que habían llegado dos sacerdotes, uno vestido de clergyman y el otro con sotana, y que habían dicho que yo los esperaba. Me extrañó que vinieran dos personas, pues yo sólo había citado a don Benito Badrinas. Mientras ellos esperaban en la sala de visitas, conecté en presencia de mi secretaria el magnetófono que tenía en mi despacho y le pedí que dijera algo para comprobar el funcionamiento del mismo. Hecho esto, y ya con la grabación en marcha, le indiqué que hiciera pasar a mis visitantes, a los cuales, previamente, mi secretaria había preguntado sus nombres. Sólo dio su nombre don Benito Badrinas.

Mi despacho tiene un amplio ventanal de cristal transparente que comunica con otro despacho más amplio, donde trabajan varias personas. Allí se encontraban en aquel momento, a petición mía, mi hermano, F. J. C. J., y uno de mis colaboradores, P. M. A. Ellos fueron testigos de la entrada de esos dos sacerdotes y de su entrevista conmigo, si bien no escucharon el diálogo, pues la puerta de comunicación entre ambos despachos estaba cerrada.

Los sacerdotes que se entrevistaron conmigo fueron don Benito Badrinas Amat, sacerdote numerario del Opus Dei, antiguo rector de la Iglesia de Santa María de Montalegre de Barcelona, y que en la actualidad trabaja en los trámites del proceso de beatificación de don

José María Escrivá, fundador del Opus Dei, y don Severino Monzó Romualdo, sacerdote numerario del Opus Dei, que era, en los últimos años de mi pertenencia a dicho Instituto Secular, sacerdote secretario de la delegación del Opus Dei en Barcelona. Por razón del cargo que ocupaba, don Severino Monzó era superior interno mío, con autoridad real y moral sobre mi persona. Ignoro si sigue ocupando actualmente dicho cargo.

Resumo a continuación la entrevista que sostuve con ellos:

En primer lugar, manifesté mi extrañeza por el hecho de que se presentaran dos personas, cuando yo sólo había quedado citada con una, y les indiqué la conveniencia de llamar a otra persona más para que fuera mi testigo. Me dijeron que no tuviera ningún miedo, que sólo venían a darme información, y que yo, si así lo quería, podía no decir nada.

Seguidamente les pregunté el motivo de su visita. Don Benito Badrinas, con voz bastante entrecortada, me repitió que yo no necesitaba decir nada, que no pretendían de mí ningún cambio de conducta ni rectificación. Le pregunté si podía actuar según mi conciencia, y él me contestó que eso era lo que él quería pedirme. Le respondí que yo actuaba así.

A continuación, y siempre en este estilo entrecortado y confuso, se refirió a "esas cosas que habéis hecho". Le pregunté qué cosas eran ésas, y él me contestó que publicar una carta, que yo también había firmado. Le recordé que yo era la primera firmante de la misma. Don Benito Badrinas siguió diciendo entonces que con esa carta les habíamos hecho daño, que "posiblemente era lo que se pretendía". Le aseguré que no habíamos pretendido hacer daño a nadie, sino dar un testimonio de justicia y de verdad. Se refirió entonces, quejoso, al hecho de sacarlos en la prensa, públicamente, cuando yo sabía que ellos jamás utilizarían nada de nadie, que "absolutamente nunca nosotros diremos nada de ti". (Esta última frase me produjo cierta hilaridad interna, pues me consta lo contrario.)

Volvió a referirse a la carta y dijo que la encontraba muy genérica. Yo la saqué de uno de los cajones de mi mesa y le leí los párrafos en los que corroboramos con nuestra experiencia "los complicados entresijos de esta asociación -el Opus Dei-, su autoritarismo llevado a extremos aniquiladores de la personalidad, su radical integrismo religioso". Don Severino Monzó intervino por primera vez en la conversación y dijo que esto era muy vago. Le contesté que eran cuestiones de fondo. No insistieron en el tema, quizá fuera que los convencí...

Don Benito Badrinas volvió a repetirme entonces que les habíamos hecho daño, y yo me reafirmé en mi postura de que decir la verdad nunca es hacer daño a nadie. Me insistió en que lo pensáramos bien. Respondí que pensado estaba, que la carta no era una improvisación, sino una cosa muy meditada. Se refirió entonces a las posturas de las personas firmantes, y dijo que era dudoso que todas pensáramos del mismo modo. Le hice ver que él mismo podría comprobar, si hablaba con ellas, que ninguna firmó con inconsciencia, engaño o desconocimiento. Ante esta respuesta me contestó que él no iba a preguntar a las personas por qué habían firmado, y que eso tampoco le interesaba. He de decir que sus palabras, entrecortadas y deshilvanadas, me iban dejando cada vez más sorprendida. Daba la impresión de estar muy nervioso.

Seguidamente me dijo que en la carta había una serie de cosas evidentemente peyorativas, y que si él supiera algo de mi vida -"que no sé nada", se apresuró a añadir- no andaría publicándolo. Y dijo textualmente esta frase: "Sí, sabemos de otras personas, o sea, quiero decir, sabemos, pero vamos, sin entrar en detalles, por ejemplo, que María Angustias no tuvo, es decir, una situación ¡hombre! moralmente.., y los motivos de salida, pues moralmente no son los

motivos de salida, es decir, que como pueden ser los tuyos, es decir, un problema que esto no es lo mío y me voy."

Le pregunté qué pretendía decirme con eso. Respondió: "¡Hombre! quiero decir.., ya te puedes imaginar.., bueno, moralmente quiere decir que ella, a pesar de que después en el libro, eh, con una exageración a que se guarden unas precauciones en una serie de cosas en las que ella cayó. ¿Comprendes?"

Le confesé que no entendía nada; que me dijera a qué página del libro se refería. Me contestó que no se refería al libro, sino a la vida suya; que ella en el libro hablaba de la guarda de la castidad de manera que a los ojos del público quedaba como algo peyorativo, siendo así que era natural que se guardaran una serie de precauciones. Y que, además de eso, lo escribía "una persona que a pesar de esas precauciones, no ha vivido bien la castidad".

Le interrogué sobre qué quería decir no vivir bien la castidad. Me contestó: "Bueno, pues que ha tenido relaciones con otras chicas."

Dirigiéndome entonces a don Benito Badrinas y a don Severino Monzó les pregunté: "¿Eso les consta?" Don Benito Badrinas dijo: "Sí." Don Severino Monzó añadió: "Hay una documentación bastante abundante..." Don Benito Badrinas concluyó: "¡Hombre! No todo debía ser acostarse con otras chicas."

Ante la gravedad de estas palabras, les pedí si podían asegurarme bajo juramento lo que acababan de decirme. Don Benito Badrinas pronunció un "Sí" en voz bastante baja, pero perfectamente audible. Seguí insistiendo: "Aquí delante, ahora mismo." Entonces ambos se pusieron muy nerviosos y empezaron a hablar al mismo tiempo, quitándose las palabras el uno al otro. Dijeron que no lo decían en sentido de acusación, sino sólo por información.

Yo estaba muy indignada por dentro, pues no entendía cómo dos sacerdotes, demostrando a las claras su condición de tales, y de los que me constaba su pertenencia al Opus Dei, podían pronunciar las palabras que yo acababa de escuchar. Por eso insistí que les pedía como sacerdotes, que se comprometieran bajo su palabra delante de Dios de lo que acababan de decirme de María Angustias Moreno era cierto. Don Benito Badrinas pronunció nuevamente "Sí" en voz baja, pero audible. Repetí nuevamente: "¿Se comprometen bajo juramento?" Don Severino Monzó insistió en que no se trataba de ninguna acusación.

Les pedí pruebas, les pedí detalles. Muy nerviosos, repitieron que no se trataba de ninguna acusación, que no querían entrar en detalles, que era exclusivamente para que yo lo supiera.

Seguidamente don Benito Badrinas dijo: "Este tema, en el momento preciso, se comentará."Yo exclamé: "Entonces ustedes están dispuestos a. . . " Don Benito Badrinas acabó la frase diciendo: "Utilizarlo. "

Le pregunté si a utilizarlo públicamente, y me contestó que públicamente no. Le interrogué entonces si lo iban a decir "privadamente" a mil, a dos mil, a sesenta mil personas. Me contestó que no, que, de momento, sólo lo iban a decir a las personas que nos habíamos solidarizado con esto. Les dije que me constaba que había cooperadoras que lo habían ido diciendo por ahí. Respondieron que no lo creían, que no dudaban de mi palabra, pero que se trataría de personas que se habrían enterado por su cuenta. Insistí: "¿Una cooperadora del Opus Dei?" Don Benito Badrinas me dijo que esto no podía ser, porque, entre otras cosas, la documentación a que se refería se tenía desde hacía muy pocos días, porque había costado mucho reu-

nirlo todo.

Refiriéndose a la documentación, le pregunté si tenía testigos, si tenía chicas que dijeran que se habían acostado con María Angustias Moreno. Dijo que no quería entrar en detalles. Insistí: "Tienen datos de hechos concretos? ¿O son deseos, o son suposiciones, o son imaginaciones?" Me contestó: "Hechos concretos. "

¿Hechos concretos? ¿Y la han tenido durante catorce años siempre en cargos de gobierno y de formación de otras personas? Me contestó don Severino Monzó que no se sabía. Le manifesté mi extrañeza por "tamaña" ignorancia, pues las tendencias homosexuales se pueden detectar con facilidad. Nuevamente don Severino Monzó me respondió que en este caso no aparecieron hasta ahora. Les pregunté si las habían descubierto ahora (cuando han pasado ya más de cuatro años de su salida del Opus Dei) porque espontáneamente la gente lo ha dicho o bien si se había fomentado que se dijera. Don Benito Badrinas me respondió entonces que eso él ya no lo sabía, que él no había hecho la investigación, que él había visto la documentación terminada, pero que no sabía cómo la habían realizado.

Finalmente, yo les contesté que conocía a María Angustias Moreno y que me constaba su honradez, su espíritu cristiano, su veracidad, su sinceridad y su deseo de llevar una vida entera cara a Dios. Don Benito Badrinas me dijo: "De acuerdo." Añadí: "Que quede constancia." "Bueno, que quede constancia de lo otro", replicó don Benito Badrinas.

Así terminó la conversación. Inmediatamente después de la marcha de don Benito Badrinas Amat y de don Severino Monzó Romualdo, entró en mi despacho mi hermano. En su presencia paré el magnetófono, desconecté el micro y, juntos ambos, escuchamos el resultado de la grabación, deficiente por las malas condiciones acústicas de mi despacho, pero perfectamente audible. Quisiera que se adjuntara como prueba de mi testimonio.
Así lo manifiesto en Barcelona, fecha ut supra.
Fdo. A. M. C. Barcelona.

El tema estaba en la calle; las personas visitadas se desahogaron con sus familiares y amigos. Todo fue trascendiendo, extendiéndose, en el lógico marco de la necesidad de defenderse de una situación, tan detestable como ésta. Nada ni nadie podía impedir reacciones semejantes (ninguna tenía ningún deber de secreto a tal efecto).

Ante todo ello sólo había un camino legal, dado que la injuria y la difamación son delito. Como hay un derecho que es obligación, de reivindicar la fama personal. Aun sabiendo, como sé muy bien, que la fama es irrecuperable. Pero a la vez que sé también que como católica, y por el hecho de serlo, no puedo inhibirme ante unos hechos que implicándome personalmente a mí, y si no se aclaran, pueden ir en deterioro del propio concepto de lo que es en la Iglesia una misión sacerdotal.

Para algunos (de los que pudieran tener esa clase de fe que se ha venido llamando del carbonero) es verdad que el sacerdote quizá haya supuesto (en épocas más bien pasadas) algo así como un símbolo de fe (o una institución personalizada con prerrogativas dogmáticas). Las personas de fe de verdad no creemos, sin embargo, en el sacerdote por el hecho de que lo sea; lo necesitamos, creemos en ellos y los deseamos como instrumentos de bien, de apostolado, de acción redentora ministerial. Las personas de fe de verdad creemos en algo más que en el comportamiento personal, más o menos problemático, de unos hombres instrumentos, sin ras-

gamos las vestiduras porque los instrumentos a veces estén deteriorados; por lo que no podemos basar en la "fe" sobre el sacerdote la propia realidad de nuestra fe. No nos vamos a escandalizar, no debemos, no podemos, porque haya eclesiásticos a los que sea difícil "venerar". Si algo tiene de grande la fe católica es precisamente que trasciende en la revelación. Nosotros, los católicos, no creemos en cosas, ni siquiera en personas, creemos en la palabra hecha carne, en el Verbo de Dios. Por eso no es el concepto de sacerdote lo que en todo esto vaya a ser discutido. Muy por el contrario, es precisamente su dignidad y su verdad, lo que exige evitar equívocos, aceptando como normales acontecimientos que le son o deben serle ajenos.

Quizá para mejor comprender el asunto en si fuera conveniente considerar lo ocurrido en abstracto, sin nombres ni personas: Unos sacerdotes se dedican a visitar a determinadas personas para contar a éstas los "pecados" de otra, a título de lo que ellos quieran; pero de hecho y en rigor, a título de pregonar y acusar a esa persona; de difamarla por lo tanto.

En el evangelio nos encontramos con un pasaje en el que una pecadora es conducida delante de Jesús y acusada de pecados graves. Querían apedrearla, decían los perfeccionistas: "según mandaba la ley". Jesús se detiene, se queda como distraído escribiendo en la tierra y al final les dice: "El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra" (Juan 8). Sigue contando el evangelio que la mujer se quedó sola con Jesús. En el evangelio no se envía a nadie (y menos a sacerdotes) a pregonar los pecados ajenos. Y todo esto en el caso de que fuesen verdad.

Cuenta también el evangelio (Mateo 15) que se llegaron a Jesús unos fariseos alegando que sus discípulos menospreciaban la tradición de los mayores, a lo que Jesús contestó: "¿Y cómo vosotros menospreciáis el precepto de Dios para seguir vuestra tradición (...) hipócritas."

"Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos. Practicad y guardad lo que ellos os dicen, pero no obréis según ellos hacen (...). ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!, que recorréis la tierra y el mar para hacer un prosélito y cuando ya lo tenéis lo hacéis digno del infierno. (...) ¡ay de vosotros, guías de ciegos! filtráis un mosquito y os tragáis un camello (...) Sepulcros blanqueados, serpientes, raza de víboras" (Mateo 23).

Todas estas cosas las dijo Jesús "hablando a las turbas", en público. Lo dijo abiertamente. A unos hombres que se consideraban y se hacían considerar como los más perfectos del judaísmo, de aquella tradición judía llamada a ser el pueblo de Dios, pero no supo o no quiso (la parte desviacionista que aquellos constituían) anteponer a Cristo a sus propios intereses.

Del significado de fariseos dice un vocabulario bíblico que "eran aquellos que se distinguían por su fervor religioso; su nombre significaba separatistas, toda vez que procuraban separarse no sólo de los gentiles, considerados como totalmente impuros, sino también de aquellos correligionarios suyos a quienes juzgaban demasiado tibios y mediocres".

Sin embargo, y a pesar de todos estos precedentes, de toda la evidencia de erros que conllevan acontecimientos como los promovidos por sus sacerdotes, hombres y mujeres hechos y derechos, miembros de la Obra, cuando se ven ante la contradicción que evidencian tener con el propio evangelio, callan y acatan, y siguen pensando "que por algo lo harán". Ante lo que una se pregunta: ¿cómo es posible? ¿También era eso lo que yo hacía cuando estaba dentro? En cierta manera, sí; en cierta manera, no. La fuerza de la mentalización que en la Obra se utiliza es enorme. Pero también porque cada cosa de ésas (y mucho menores que ésas) me impusieron su propia interrogante, justo por eso, estoy ahora fuera. Los hay que dicen "que la Obra no hace nada mal, por lo tanto estos hechos también deben tener sus razones".

Yo entiendo que haya budistas que, convencidos de su budismo (lo cual me merece todos los respetos), hagan coherentes sus ideas con sus vidas. Pero ¿cómo puede admitirse o concebirse un tipo de proceder como éste en coherencia con una doctrina o una moral católica?

Mentalización. Mentalización es la única explicación posible. Es indudable que el hipnotismo existe, y que existe a nivel y en forma colectiva. ¿Existe en la Obra como medio de cohesión o de "dirección" de grupo, como única explicación de esa fe ciega que los mueve, que los "une", y que es capaz de hacerles admitir lo más inadmisible, lo ilógico como lógico, lo incorrecto como correcto, etc., aun a personas aparentemente normales e inteligentes?

Como resultado de:
- que los únicos ratos de charla que hay al día entre los socios (tertulias) deban ser con temas y formas preestablecidas y determinados;
- que nadie pueda desahogarse con nadie que no sea la persona mandada y puesta para ello por los directores, impidiéndose cualquier "descuido" por medio de la obligada corrección fraterna;
- teniendo que estar alegres: venga o no venga a cuento, sólo porque es norma de buen espíritu;
- teniendo que aceptar toda ocurrencia de Monseñor Escrivá como carismática o directamente vinculada con la voluntad de Dios;
- admitiendo una convivencia secular en la cual todas las personas deben parecer iguales con tal de que pertenezcan a la Obra a efectos de compartir problemas, necesidades intelectuales, etc., a la vez que se ha de considerar diabólica la amistad;
-una vida pasada constantemente por los controles de la consulta a la directora, y por los "escrúpulos" del mal espíritu, que hacen entender en todo lo que no coincida con el Padre;
- charla semanal, retiro mensual de un día, cinco días de ejercicios espirituales al año, un curso anual de formación de un mes, convivencias varias (cada vez que hay que empezar alguna actividad o de vez en cuando a lo largo de su desarrollo, para que en nada haya posibilidad de variación con lo establecido), etc., etc. Dos años de formación intensiva al llegar: específicamente dedicados (como cada uno de los otros medios) a identificar con el "espíritu de la Obra" (o doctrina del Padre).

Lógicamente todo ello incide en la persona. Todo ello despersonaliza, llegando a anular (si no se corta a tiempo) incluso el ejercicio de la propia conciencia o capacidad de razonar. Se trata de que ofrecen (si se acepta todo lo expuesto) todo un salvoconducto de santidad. En palabras del Padre: "Si me cumplís las normas del plan de vida de la Obra, os prometo que seréis santas." Y las normas son todo un conjunto de exigencias en el pensar, decir y hacer, que bajo la más meticulosa contabilización (número de jaculatorias, número de miradas a la Virgen, número de correcciones fraternas, numero de minutos que hice o dejé de hacer...) deben ser sometidas a consejo en la charla de cada semana con la directora, de forma que la identificación con"el Padre" sea cada día mayor.

¿Puede toda esta clase de procesos llevar a un hipnotismo, o ser causa de la manipulación que en la Obra se da? Dado que además cuenta con la predisposición del que con toda su mejor voluntad no ve más allá de sus buenos deseos y de su afán de entrega y servicio.

De ahí que muchos se sientan escandalizados. Los escandaliza (dicen) que "yo haya sido capaz". Su fanatismo no les deja ver más allá del escándalo que les han dicho que supone mi postura.

3. UNA QUERELLA ¿POR QUÉ?

Los acontecimientos habían venido siendo significativos. La versión de mis "depravaciones" estaba ya en boca de distintos miembros de la institución como información desautorizante del libro publicado. Las personas visitadas, como decía, lógicamente habían tenido sus desahogos con familiares y amigos. La campaña podía extenderse; los motivos para pensar así eran cada día mayores; era necesario cortarla, impedirla. El daño, agravado por la autoridad del sacerdocio como garantía de verdad, obligaba a una acción consecuente.

La onda expansiva de esta injuria y calumnia era ya un hecho. El número de personas visitadas había sido considerable y por las mil circunstancias familiares, sociales, etc., incluso había llegado a informadores de prensa que solicitaban entrevistarme para corroborar el insólito suceso.

Como un medio más para devolver las cosas a su cauce, un medio lógico, y creo que bastante honesto, pensé en un sacerdote de la Obra con el cual yo me había estado confesando durante estos últimos años, desde que dejé la Obra hasta hacía unos meses que había sido trasladado a Málaga. Un hombre que, hasta entonces, había puesto siempre su sacerdocio por encima de su pertenencia al Instituto. Me conocía dentro de la Obra, y sabía de la rectitud de mi dimisión. Se me ocurrió que, puesto que me conocía bien, si yo se lo pedía, estaría dispuesto a dar su testimonio sobre el caso. Y lo estaba. Le hice llegar el caso a través de una amiga, para que su entrevista conmigo no le comprometiera ante sus directores; no salía de su asombro. Consideró en voz alta, delante de mi amiga, lo que protagonizar este testimonio podía suponer para él: "Puedo verme en la calle, a mi edad (unos cincuenta y bastantes) y solo..., pero mi sacerdocio está por encima de todo; dentro de unos días que Marian se ponga en contacto conmigo por teléfono, y quedaremos para que yo le dé una nota escrita: rezad por mí." Estaba dispuesto a facilitarme así mi defensa, sabía que en honor a la verdad podía hacerlo muy bien. Pero creyó oportuno ponerlo en conocimiento de sus directores antes de dármelo. Quedamos en que yo le llamaría con nombre supuesto para evitarle complicaciones y concretaríamos una entrevista para efectuar dicho acuerdo. Le llamé; me resultó muy difícil porque no podía contestar a nada de lo que yo le decía (al parecer porque le oían los demás de su casa), al cabo de algunos preámbulos me dijo que le llamara otro día y a otra hora; tampoco conseguí nada. Le pedí a la misma amiga que había intervenido antes que pasara por el confesonario de una iglesia pública de Málaga en la que él tenía unos días y unas horas fijas para confesar, facilitándole así el cumplimiento de su promesa; pero no estaba, según le dijeron a mi amiga "no estaría en varios días, no sabían cuántos, porque había tenido que ir a Sevilla". En Sevilla está la delegación para Andalucía del gobierno regional de la Obra. En Sevilla vivo yo, y tenía datos más que suficientes para haberme podido localizar. Pero ya no quiso volver a saber nada más de mí. Cuando se ha estado dentro de la Obra, es enormemente fácil imaginar la clase de "reflexiones" a que fue sometido; no me cabe la menor duda de que fueron "serias y fuertes". Tan fuertes, que "acabaron" con lo que él, días antes, consideraba su propio deber sacerdotal. Pasaron los meses y no volví a saber nada. Tampoco yo insistí más; sabía, sé, que es inútil.

Sólo cabía una posibilidad, la única con viabilidad y seriedad consecuente con el caso, la de ponerlo en menos de un abogado. Y así lo hice, acudiendo a don José María Gil Robles y Quiñones. Por delicadeza de éste, cada uno de los seis sacerdotes antes aludidos (los prota-

gonistas de las visitas) recibieron una carta comunicándoles la demanda de conciliación previa a la querella por injuria y calumnia de la que se había hecho cargo. Al día siguiente, sin consideraciones a que era domingo, sin previa cita, y en la casa particular de mi abogado (no en su despacho) se presentó el abogado de los seis querellados don Ramón Mas Calvet (numerario del Opus Dei) a las cuatro de la tarde.

Decía no comprenderlo, ya que la actuación alegada había sido el resultado de una actuación en conciencia y debidamente. Mi abogado le hizo ver que en ese caso no tenían nada que temer si el asunto iba adelante. Insistieron en conocer en qué me basaba yo para acusarles y supo de los testimonios escritos y legalizados ante notario de las personas visitadas.

Durante todo un mes, este señor (el abogado de ellos) estuvo repitiendo casi a diario sus visitas a mi abogado. Al día siguiente de la primera que acabo de narrar solicitaban ya una entrevista conmigo, allí en el despacho del abogado; en la cual, uno de ellos en nombre de todos me pediría perdón, si yo quería de rodillas. Cuando me lo transmitían no pude menos de sonreír. Era la comedia de siempre, sin darse cuenta de que para mí la comedia había terminado ya hacía casi cinco años.

Intentaban hacer cabeza de turco a uno de ellos: "Don Juan García Llovet (miembro de la dirección regional de la Obra en España) se hacía responsable único, los demás habían sido unos mandados." Querían que fuese él solo el que aceptase todas las culpas, y que a él se redujera toda responsabilidad o reclamación. Al fin y al cabo un holocausto más que se le pedía. Es fácil deducir, o al menos intuir, que con esta fórmula resultaría luego mucho más fácil convertir el asunto en una cuestión personal, ante la cual la Obra se rasgaría limpiamente las vestiduras. Pero resulta que todos ellos son mayores de edad; sacerdotes con muchos años de vuelo. Y resulta que no contaban con que mi experiencia dentro había sido lo suficientemente larga como para conocer lo costoso que resulta cumplir muchos mandatos (por ilógicos e incoherentes) en "virtud de una obediencia" que debe asumirse como "decisión personal" pero que no es más que el cumplimiento de una orden. No, yo no podía aceptar semejante cosa porque me consta, por mi propia experiencia, que no es así.

A título de holocausto, de servicio a los intereses de la Obra, las víctimas son lo de menos. Sólo hay un eximente que de hecho no lo es tal, de la responsabilidad personal de cada una de estas personas, que es el de su incondicional adecuación a una clase de servicios a la institución, que pueden repelar su voluntad (la personal de cada uno), pero que indudablemente queda aceptada y corroborada por su responsable y personal actuación.

A esta segunda negativa mía, propusieron (ellos) escribirme una carta en la que se retractarían todos. No lo veía muy claro, pero por consejo de mi abogado acepté conocer el borrador. Como ya me temía no era otra cosa que una autojustificación en la que "de paso" presentaban sus disculpas por haber herido mis sentimientos, alegando que "no había movido sus ánimos menoscabar mi honra y mucho menos hacerla objeto de imputaciones que sólo les constaban por testimonios, lógicamente no comprobados, de terceros. Actuación llevada a cabo (seguía diciendo el borrador) con la exclusiva finalidad de cumplir con un deber de conciencia, en el que pudieron errar de buena fe, como puede ocurrir a todos los humanos. Pretendiendo que con estas y pocas alusiones más, yo me diera por reparada y satisfecha.

Es elemental que no se trataba de "sentimientos heridos", sino de una honra seriamente menoscabada. Ni se puede alegar, entre personas mayores, "buena voluntad" tratándose de hechos objetivamente injuriosos y calumniosos, llevados a cabo con la premeditación que los propios acontecimientos evidencian.

Todo un mes de negociaciones, de pretendidas soluciones privadas, tan insuficientes como decisivas para que el acto de conciliación previo a la querella se impusiera como único camino.

En una de las últimas visitas de estos señores a mi abogado, conociendo ya mi decisión de no aceptar paños calientes, le insistieron en que esperara unos días más para ver si "con la oración de los querellados Dios movía el espíritu de la querellante hacia una solución de armonía". Por mi parte sin comentarios, creo que se comenta por sí solo. Hablaron también de aceptar la conciliación si lo que yo pedía era una indemnización económica, los millones que yo quisiera.

Pero no, no lo considero una cuestión de millones (al margen de lo que por daños y perjuicios la justicia pudiera considerar), sino de simple reparación de mi fama. Me honra vivir solo y exclusivamente de mi trabajo personal. Lo único que yo necesitaba, para mayor claridad y exactitud (máxime tratándose de una institución con la cual tan difícil es aclararse), como lógica consecuencia de la calumnia injuriosa de la que había sido objeto, era una retractación legal de cada uno personalmente.

Las conciliaciones quedaron presentadas en los juzgados de Madrid (n° 18, día 18-10-78, pasando luego al n° 11 por exigencias del cambio de domicilio de uno de los citados), Sevilla (números 5y 10, día 21-10-78) y Barcelona (números 17 y 20, día 28 y 25-10-77) en los mismos términos para todos, de la siguiente manera:

Al juzgado

(...) Procurador de los tribunales, en nombre y poder especial, que exhibo y retiro después de debidamente testimoniado -de la Srta. María Angustias Moreno Cereijo, ante el Juzgado comparezco y como mejor proceda en derecho DIGO:

Que solicito la celebración de acto de conciliación, previo a la querella por injuria y calumnia, contra D. Juan García Llovet, con domicilio en Madrid, calle Diego de León, 14, para que se avenga a reconocer:

1° Que es miembro de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei.
2° Que ostenta o ha ostentado puestos directivos de dicha Obra.
3° Que acompañado de don Emilio Navarro Rubio, también sacerdote miembro de la Obra citada, visitó a diversas personas de la ciudad de Madrid.
4° Que ante esas personas visitadas formuló imputaciones contra la señorita María Angustias Moreno Cereijo, asegurando que era una pervertida sexual y una lesbiana, y que había intentado pervertir a varias jóvenes pertenecientes a la "Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei".
5° Que cuando realizó esas visitas tenía conocimiento de que la Sta. María Angustias Moreno Cereijo había publicado un libro titulado "El Opus Dei. Anexo a una historia".
6° Que las visitas a que se refiere el n° 4 fueron hechas a personas que habían firmado y publicado una carta solidarizándose con la Srta. María Angustias Moreno Cereijo con motivo de la publicación de su libro.
7° Que reconoce que las imputaciones hechas a la Srta. María Angustias Moreno Cereijo obedecieron a informaciones que han resultado falsas.
8° Que, en consecuencia, reconoce y declara que esas imputaciones son gravemente injuriosas y calumniosas, por lo que las rectifica totalmente en este acto, estando dispuesto a dar a la

Srta. Moreno Cereijo las reparaciones morales procedentes por el daño que se le ha causado. 9° Finalmente que se compromete y obliga a enviar copia del acto de conciliación a todas las personas que visitó haciendo las imputaciones referidas contra la Srta. Moreno Cereijo con un carta suya de simple remisión de copia, hecha por conducto notarial. Y

SUPLICO AL JUZGADO se sirva tener por presentada esta papeleta, citar a D. Juan García Llovet, con domicilio en calle Diego de León, 14, de Madrid, y señalar la fecha de celebración del acto de conciliación a los efectos indicados en el cuerpo de este escrito.

Es justicia que pido en Madrid (...) de octubre de 1977.

No hubo avenencia. Lo cual significa que no eran aceptables para ellos los puntos mencionados. ¿Por qué? ¿Qué es lo que de ellos pueden negar?

¿Qué no son sacerdotes del Opus Dei?

¿Que no conocían mi libro?

¿Que las personas visitadas no son las de la carta de adhesión al mismo? Porque hay muchas más personas que pertenecieron a la Obra, que tengo relación con ellas (las hay con necesidades y problemas objetivos, como decía) y que no han sido incluidas en este deber de velar por ellas.

¿Podrán negar que tienen o han tenido cargos directivos en la institución? Ninguno de ellos en un recién llegado que actúa en nombre de su inexperiencia. García Llovet forma parte de la Comisión Regional de la Obra en España (representación u órgano de gobierno inmediato al de Roma o Sede central); Badrinas Amat es el vicepostulador para la causa de beatificación de monseñor Escrivá. Los dos de Sevilla forman parte del gobierno de la delegación de la Obra para Andalucía.

Que las pruebas alegadas eran falsas ya lo habían admitido privadamente, en la carta borrador a la que he hecho alusión.

¿Qué es entonces lo que les resulta inaceptable en lo solicitado?

La avenencia por su parte, por parte de ellos, hubiera evitado tener que seguir ajuicio. Quizá pensaran que era "demasiado poco" para considerarlo suficientemente reparador ante el atropello cometido. Quizá también consideraran que para admitir esto "tiempo había", al fin y al cabo ¿qué otra cosa puede ser el final del juicio? O tal vez la confianza en sus recursos, en su poder, les hizo concebir que "nada tenían que perder".

Según mi madre (que está plenamente de acuerdo conmigo, como el resto de mi familia) todo esto es como "la lucha" de un enano contra un gigante. Y tiene razón. Ni su ponencia, ni su fuerza de grupo, ni las artimañas a que están tan acostumbrados, son las mías; no, por supuesto que no. El presidente del Senado (Sr. Fontán) es numerario del Opus Dei; otro, el presidente de la Banca Privada (Sr. Termes). Dicen que tienen más parlamentarios en las Cortes de ahora que en la época de Franco. A pesar de que en épocas pasadas, según el propio Sr. Valls Tabemer (numerario del Opus Dei y presidente del Banco Popular Español) confesara en un programa de T. V. ("Quién es quién") que él había confeccionado listas de ministros de gobiernos enteros. Listas que según me ha confirmado un ex socio de aquella época tam-

bién, se hacían en Diego de León, 14, sede del gobierno de la Obra a nivel nacional, lo cual puede servir para dar una idea de la influencia política de entonces; sobre lo que quizá quepa pensar que todavía fueran ellos los utilizados, quizá para que tal aprendizaje les resultara rentable a la larga...

Todo un imperio (abierto o solapado, a según qué efectos da igual) montado sobre teorías espiritualistas para que sean muchos, muy bien "dominados", y así poder hacer de ello (de la cantidad) recurso de poder.

¿Como medio de cristianizar el mundo? No fue el sistema que utilizó Cristo; no eligió senadores como discípulos, ni les dijo que tuvieran que conseguir serlo, y pudo haberlo hecho; ni siquiera insinuó que logrando "gobernar" el Imperio Romano (entonces sojuzgador del propio pueblo judío) era como iban a hacer más eficaz su apostolado. El cristiano es esa persona que ha de saber hacer del poder, cuando lo toca, un instrumento más de servicio y de respuesta coherente a la fe que profesa; pero nunca el que convierte el poder en meta de su ambición cristiana.

Admito la posibilidad de actuaciones, en estos aspectos, bien intencionadas aunque confundidas. Pero no puedo admitir que a estas mismas actuaciones que los socios del Opus llevan a cabo se las identifiquen con posturas o fines (como ellos dicen) "exclusivamente sobrenaturales".

Dicen los del Opus que la razón que me mueve (una de las muchas que ya me han achacado) es la de la jactancia, fama u osadía. No aceptan, no valoran, no quieren contar con algo tan elemental como el hecho de actuar en consecuencia de unos sentimientos específicamente humanos sin más necesidad de pruritos rebuscados. Kipling (poeta y Nobel de 1907) quizá pueda explicar mejor que yo en qué consiste esa clase de reacciones que llevan, dice él, a ser un hombre, a ser, como decía, lo que se dice humanos.

Si puedes conservar la cabeza cuando a tu alrededor todos las pierdan y te echen la culpa;
si puedes confiar en ti mismo cuando los demás dudan de ti pero al mismo tiempo tienes en cuenta su duda;
si puedes esperar y no cansarte de la espera,
o siendo engañado por los que te rodean, no pagar con mentiras, o siendo odiado no dar cabida al odio,
y no obstante no parecer demasiado bueno, ni hablar con demasiada sabiduría...

Si puedes soñar y no dejar que los sueños te dominen;
si puedes pensar y no hacer de los pensamientos tu objetivo;
si puedes encontrarte con el Triunfo y el Fracaso y tratar a estos dos impostores de la misma manera;
si puedes soportar el escuchar la verdad que has dicho
tergiversada por bribones para hacer una trampa para los necios,
o contemplar destrozadas las cosas a las que habías dedicado tu vida
y agacharte y recontruirlas con las herramientas desgastadas...

Si puedes hacer un hato con todos tus triunfos
y arriesgarlo todo de una vez a una sola carta,
y perder, y comenzar de nuevo por el principio
y no dejar escapar una queja sobre tu pérdida;

y si puedes obligar a tu corazón, a tus nervios y a tus músculos

a servirte en tu camino mucho después de que hayan perdido su fuerza,
excepto la Voluntad que les dice "¡Continuad!"...

Si puedes hablar con la multitud y perseverar en la virtud
o caminar entre reyes y no cambiar tu manera de ser;
si ni los enemigos ni los buenos amigos pueden dañarte,
si todos los hombres cuentan contigo, pero ninguno demasiado;
si puedes emplear el inexorable minuto
recorriendo una distancia que valga los sesenta segundos
tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
y-lo que es más- serás un hombre, hijo mío.

Kipling alude a no "dejar nunca escapar una queja sobre tu pérdida", aparentemente contradictorio a la postura de denuncia que esta publicación implica. Sin embargo para mí lo perdido está. No es quejarme lo que me mueve, ya que esta clase de queja, por los inconvenientes a que vengo haciendo referencia, nada compensa. Simplemente estoy "hablando con la multitud".

Ni la fama, ni la venta de libros, ni nada semejante (como sé que ellos andan propagando entre las gentes) puede ser la razón de una postura que, como la mía, lleva consigo mucho más problemas, dificultades e incomodidades que ventajas o éxitos. Es fácil, muy fácil, optar por argumentaciones como éstas, para desmentir aquello que "no gusta", sin más pensar en nada ni en nadie que no sea el tan repetido "prestigio" de la institución.

Como tampoco puede hablarse de infamia o de osadía en mí por el hecho de establecer querella contra unos sacerdotes (como también están diciendo) sin al menos explicar, a la vez, las causas que la han provocado.

Si ellos hubiesen querido, todo hubiera acabado en el acto de conciliación; yo no necesitaba más. Son ellos lo que han elegido seguir. Yo sólo necesitaba la legalidad de una verdad totalmente atropellada. De una verdad (actitud cristiana) que a todos obliga, a los sacerdotes, por el hecho de serlo, de una manera especial.

Porque amo el sacerdocio, decía, precisamente porque creo en él, no puedo consentir que sea utilizado de esta manera. Y para no hacerlo, simple y sencillamente, hay que evidenciar que esas actuaciones que deben serle ajenas, no forman parte de su misión.

Una querella que necesariamente tiene que ser personal. Son seis señores con nombre y apellidos propios, los que como ejecutores son querellados. Estos señores han antepuesto, indudablemente, una clase de atropello habitual al propio montaje del Opus, a su propio sacerdocio, y por ello no los disculpo; han caído, al menos, en la fatal abdicación de sus propios compromisos en aras de una serie de convencionalismos aceptados como mítica autoridad. Pero son a su vez víctimas de lo que en la Obra constituye el mito de esa autoridad.

Nadie que posea una sensatez medianamente normal, podrá aceptar que la actuación de esos señores proceda de una "ocurrencia personal"; sería demasiado coincidir. No, evidentemente, esto es inaceptable. Honradamente hay que pensar en un mandato en razón de una obediencia que en el caso de los sacerdotes numerarios del Opus Dei, según nos dijeron siempre (y según el punto 151 de las Constituciones de la Obra que publica Infantes en su libro, las únicas

que conozco) sólo es debida al Consiliario o superiores por encima de éste. En este caso: Florencio Sánchez Bella (como Consiliario de España) o A. del Portillo, como presidente general.

¿Puede un sacerdote obedecer o considerar materia de obediencia la difamación o la injuria? Éste es el problema. Y de ahí que una cuestión necesariamente personal, no pueda dejar de ser evidentemente institucional.

Los hechos siguieron sucediéndose. La querella siguió su trámite, fue al menos mi intención que así fuera.

A pesar de ser don José María un señor muy ocupado, cargado de asuntos de gran envergadura, su cordial acogida y su humanidad me llevaron a poner en él toda mi confianza. Ante mi preocupación porque el tipo de asuntos pudiera no interesarle o complicarle innecesariamente, me reafirmaba en una carta de 24-8-77 su deseo de promover la acción que le había confiado. "No me importa (decía) las personas contra las que debo actuar. Me basta que usted tenga razón y que solicite mi ayuda profesional."

Esta fue la primera parte. Luego las cosas se complicaron. No he llegado a saber con exactitud cuales fueron las presiones a las que Don José María tuvo que someterse; sé que todo cambió radicalmente, hasta dejar prescribir el caso.

Humanamente ¡ellos ganan!

¿Moralmente?

La verdad sólo es verdad cuando para nada necesita de compromisos de favor, de que "la lleven o la traigan". No "es verdad nada" que no se ampare en la fuerza de su propia verdad. Y como dice el proverbio chino: "No hay aguja que tenga dos puntas."

Junto al trigo necesariamente ha de crecer la cizaña; pretender arrancarla no sería evangélico. Pero sí lo es, y muy necesario, el contribuir a que pueda distinguirse, a que sea posible llamar a las cosas por su nombre, y no confundirlo que puede ser cizaña con lo que es el trigo.

El juicio válido (la catalogación y separación de la cizaña) corresponde a una justicia que no es precisamente de este mundo, no es como la de este mundo, y en ésa es en la única que yo creo. Es la única que realmente tiene, puede tener, valor absoluto; la única invulnerable.

Mientras esta justicia llega, hay simplemente que definirse, hay que apostar por la verdad (por la lealtad, por la honradez, por la claridad) o hay que quedarse del lado de la mentira, del enredo o de la confusión.

Hay por ello, en uso de un derecho que es deber de toda persona de bien, que contribuir a evitar mitos que, con la fuerza de su fanatismo, puedan arrollar, atropellar, aspectos importantes de la más elemental lealtad.

FIN DEL LIBRO